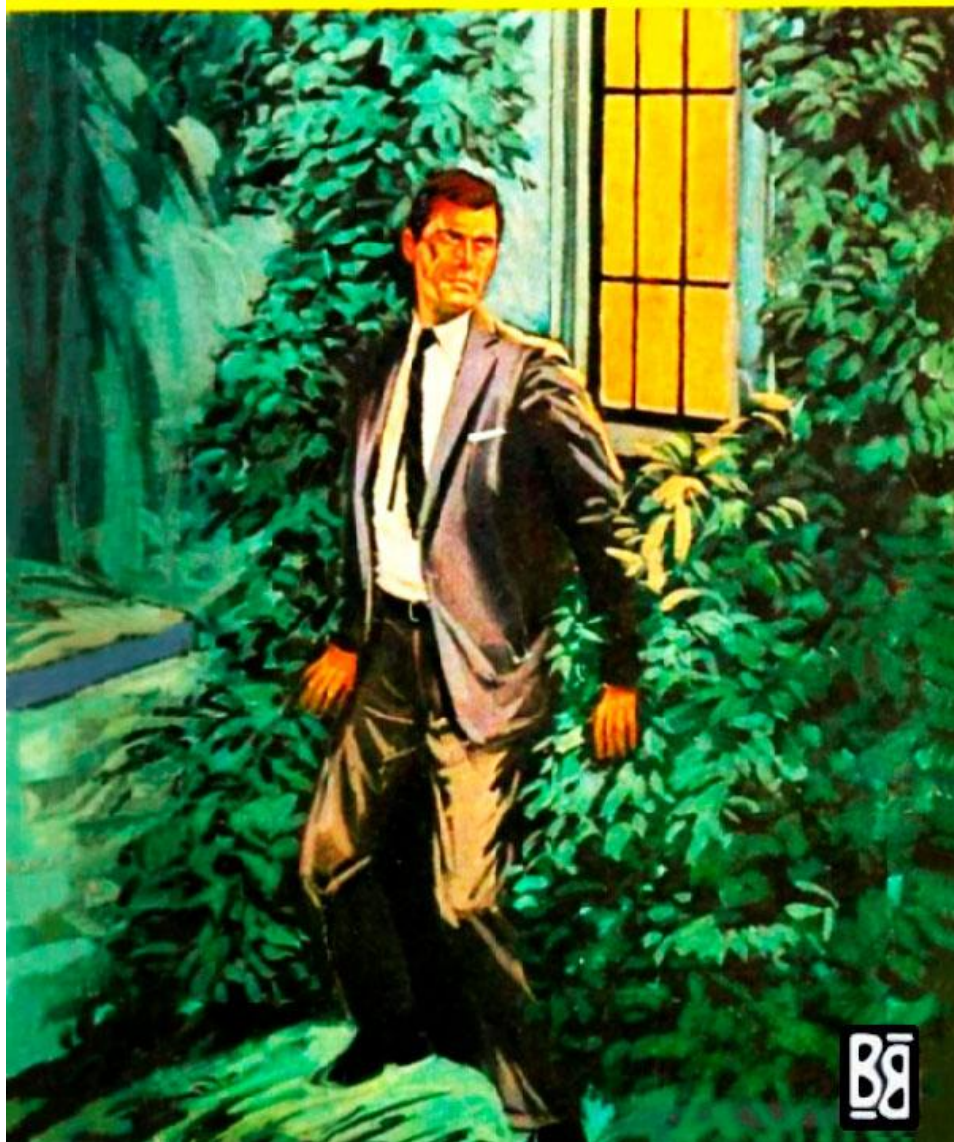


PUNTO
ROJO

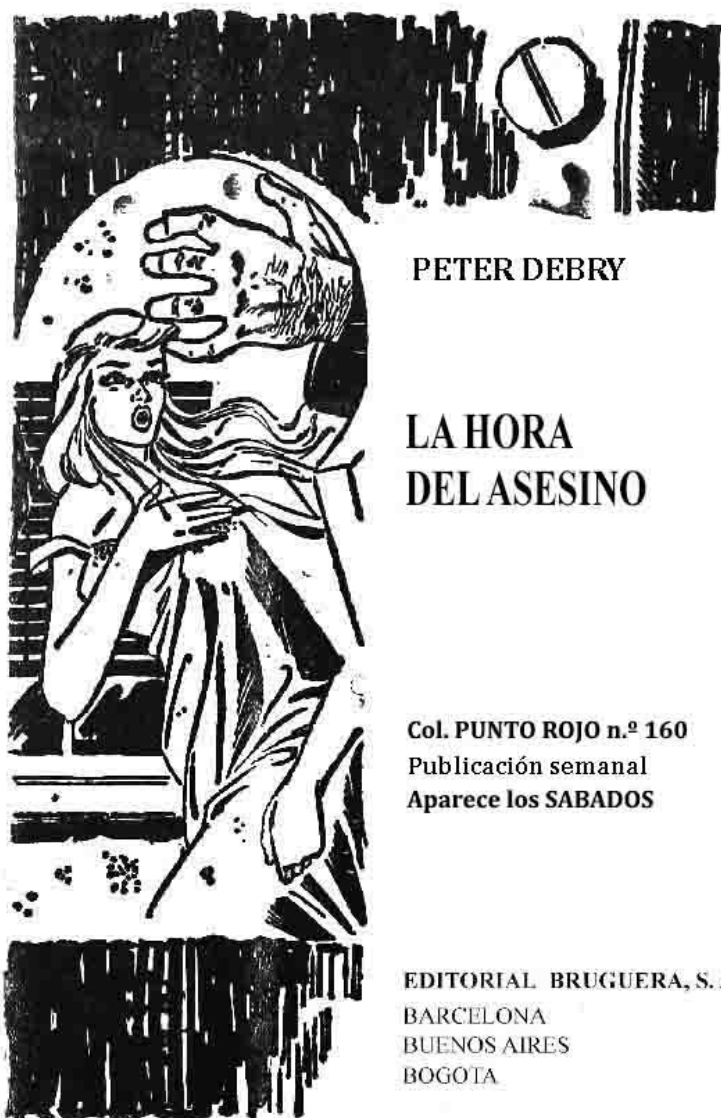
la hora del asesino

peter debry



B&B

LA HORA DEL ASESINO



PETER DEBRY

LA HORA DEL ASESINO

Col. PUNTO ROJO n.º 160

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 9.386 -1965

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: MAYO, 1965

© PETER DEBRY - 1965
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JORGE SAMPER - 1965
SOBRE LA CUBIERTA

© COSTA - 1965
SOBRE LA ILUSTRACION INTERIOR

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 1410/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

770 — Lunáticas y gorilas.

En Colección BUFALO:

596 — Tres cuadrillas.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un poker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

456 — El salario del terror.

En Colección COLORADO:

394 — Sólo moriré una vez.

En Colección PUNTO ROJO:

145 — Agonía para dos.

En Colección METRALLA:

16 — Pánico en Saint Tropez.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

114 — Los marcados del Caribe.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

32 — Nuestra temible difunta.

CAPÍTULO PRIMERO

Dudley Kerrigan no pecaba de excesivamente suspicaz, pero tampoco era ciego. Además, su profesión le capacitaba para saber perfectamente cuándo era seguido.

El «abecé» de su diario sustento era seguir a otros.

Y desde que había terminado de comer en la honorable taberna irlandesa de Brooklyn, la plácida digestión se le enturbió. No le gustaban los trabajos extraordinarios, a horas indebidas, y estimaba que aquel individuo le iba a proporcionar una tarea extra.

No podía Kerrigan especificar en qué consistiría lo extraordinario, pero, en cambio, estaba ya afianzada en su mente, una verdad.

Aquel hombretón, con un buen traje disimulando su musculatura de descargador portuario, podía haber entrado por casualidad en la honorable taberna irlandesa de Brooklyn.

Pudo también ser un fortuito azar que la abandonase al mismo tiempo que él. Empezaba a ser un inicio de coincidencia que tomase el mismo autobús hacia el centro.

Y ya resultaba una acumulación de coincidencias que descendiera también, y con gran agilidad, dada su corpulencia, en plena marcha, en el cruce de la 57 con la Tercera.

Dudley Kerrigan, ex leñador, ex capataz minero y ex campeón de los semipesados en los «marines» en Corea, había limado muchas de sus asperezas, gracias a las lecciones del que le había obtenido la licencia de detective privado.

Pero cuando, a riesgo de romperse el cuello, salto al estribo de otro autobús que pasaba en sentido contrario, y vio que en, la misma plataforma quedaba también, acrobáticamente, de pie, el seguidor constante, Dudley Kerrigan percibió el síntoma infalible.

El síntoma precursor de la tormenta.

Ignoraba la causa orgánica, pero cada vez que se imaginaba provocado por alguien, adoptaba un tono muy suave y que no era el suyo habitual, mientras que en su pierna derecha le acometía un temblor muscular.

Interpeló al desconocido:

—¡Oiga, usted! No debería ser tan imprudente.

El aludido miró hacia el metálico techo, con expresión ausente.

Dudley Kerrigan acentuó la suavidad de su tono:

—Le he visto saltar del otro bus y agarrar éste, gratis. He pagado, de costumbre, para ver a los gorilas en el circo, y palabra que brincaban con menos talento que usted.

El interpelado siguió ostentando un rostro indiferente.

Dudley Kerrigan ya había hecho sus cálculos. Aquel mastodonte medía cerca del metro ochenta y cinco, y debía pesar, aproximadamente, unos noventa.

El contorno de sus cejas y nariz acreditaba afición a la pendencia o profesionalismo de cuadrilátero entre sogas.

—No faltaría más —exclamó Kerrigan cuando el otro tendía una moneda al cobrador—. Cobre completo, para dos, hasta el final del trayecto.

Se anticipó entregando el dinero y recogió los dos billetes. El cobrador regresó al interior y Kerrigan prosiguió:

—No tengo la menor idea del motivo por el cual lleva usted cerca de treinta minutos resoplándome el cogote. Le hablo a usted, gorila.

Por fin, el otro pareció salir de su ensimismamiento fingido. Dijo con sequedad:

—Antes que nos pongamos ofensivos... Porque vamos, tampoco usted es ningún nene bonito y también tiene cara de gorila... O sea, que no nos pongamos ofensivos, digo yo. ¡Ya me formé un taco, maldita sea!

—Voy a ayudarle, hombre. Decía usted que una vez ambos presentados, me iba a explicar por qué me seguía.

—Eso es —aprobó, satisfecho, Ed Atilano—. Usted se llama Kerrigan y tengo por misión exponerle un negocio. No podía hablarle en Brooklyn porque allí alguien podía conocerme, ni tampoco en su despacho, por lo mismo de lo mismo. Y yendo al

asunto, hay billetes largos para usted si, como van diciendo por ahí, vale lo que dicen.

—Valgo un rato largo, según los billetes y según para qué. Me llamo Dudley Kerrigan y ya lo sabía.

El autobús se detuvo. Kerrigan, bajando, aguardó al que acompañando su zancada a la del detective, expuso:

—Yo soy Ed Atilano. Puede que me haya oído nombrar.

—Ahora, y por vez primera. Ya hemos hecho un poco de deporte pedestre, Atilano. Relajaremos ahora las piernas y dando por descontado que soy más que discreto, veamos qué se le ofrece.

—A mí, nada. Personalmente, usted a mí me tiene sin cuidado.

—De momento, congeniamos y coincidimos.

Ed Atilano ladeó la cabeza como tratando de averiguar el contenido de la frase. Añadió Kerrigan impaciente:

—Habló usted de billetes largos.

—Eso es. Y me envía el patrón.

—¿Tiene un patrón?

—Hombre, claro. Y quiero seguir teniéndolo. Ahí es dónde encaja lo de los billetes.

—Usted me parece muy apto para ganarse los billetes de su patrón.

—Por donde apunta, ya he recogido la flecha, Kerrigan. Pero resulta que el patrón piensa que yo no soy tan listo como usted. Yo le sirvo para evitarle los malos golpes que se ven venir, o sea, los de los matones. Pero, según se huele mi patrón, hay una olla en el fogón, o sea que le están cocinando un potaje con mala baba.

—Ya.

—Este mediodía me llamó, y fue y me dijo: «Ed, escampa y entra en contacto con un privado que se llama Dudley Kerrigan». Me dio sus señas y se puso pesado recomendándome que nuestra entrevista tuviera lugar de modo que los que me conocen no me viesen charlando con usted. ¿Va asimilando?

—Posee usted una elocuencia gráfica y contundente.

Asimilo que usted opina que paseando por la Tercera, no se topará con conocidos.

—La posibilidad es remota, como dice mi patrón. Por lo menos, aquí poco me conocen. En cambio, por Brooklyn soy más conocido que el potito. Y vamos a ser breves, que así menos posibilidades,

digo yo. En resumen y para abreviar, voy a decirle de qué se trata. Sin amenazas, claro, me dijo el patrón. Usted está a tiempo de negarse a ganar cien pavos por jornada y cinco mil al final, si lleva el asunto a modo.

—La crisis financiera me abruma, Atilano. Yo también tengo cara de bruto, pero no tanto.

—Esto sí que hay que aclararlo —afirmó Atilano, receloso.

—Me refiero a que no voy a ser tan bruto como para negarme a que me cubran de papiros.

—Ajá. Entonces, traga, ¿no?

—Antes quiero saber dónde está la trampa.

—¿Qué trampa? La cosa está clarísima.

—¿Ah, sí?

—Vamos, digo yo. Si usted acepta oír lo que ha de explicarle mi patrón, luego ya está en el ajo. Ha de dedicarse a ello, y meterse al trabajo. Y es trabajo limpio. Sí, señor, he dicho limpio.

—No tiene por qué sonarse antes que le señalen las narices, Atilano.

—¿Las narices...? Oiga, usted tiene un modo de hablar algo complicado. Vamos al asunto. Usted, si acepta, tendrá que tratar de evitar que mi patrón muera de mala manera y a breve plazo.

Deteniéndose, Kerrigan señaló a lo lejos una pareja de guardias en su ronda.

—¿Para qué cree que sirven aquellos uniformados?

—¿Aquéllos? —masculló Atilano, desdeñoso—. Para nada. Son unos vagos. Y muchas veces, unos abusadores. Mi patrón no puede recurrir a la policía, porque hay cosas que un privado puede callarlas. ¿Va asimilando?

—Perfectamente. ¿Cuándo y dónde he de entrevistarme con su patrón?

—A las siete en punto, un «Dodge» azul, que conduciré yo, pasará por el puente de Queens. Si no está usted, me alegro de verte bueno y asunto olvidado. Pero si está, recuérdelo, hermano; una vez se embarque, todos a navegar. Nos vamos a pique o llegamos a puerto. Eso es.

Ed Atilano no dio media vuelta.

Se distendió como un simio bien vestido. Pero en su estirada, en vez de balancearse de la rama de un árbol, meditó Kerrigan, había

quedado en pie, en la plataforma de un autobús que se alejaba a toda marcha.

Kerrigan permaneció en el borde de la acera, insensible y compacto a los empujones. Silbaba desafortunadamente, tratando de «asimilar».

No creía en Papá Noel, desgraciadamente. Si le ofrecían billetes largos de parte de un patrón que tenía por embajador y ángel de la guarda al elástico mastodonte llamado Ed Atilano, el trabajo en perspectiva debía ser de los que llevaban incluido el entierro, sin previo aviso de normal enfermedad.

Podía ser también que en el mundillo donde transitaba el patrón de Atilano, abundasen individuos como Atilano, pero necesitaba un cerebro engarzado en una sólida estructura.

Y que ambas prendas perteneciesen a un desconocido en aquel mundillo, o inframundo.

El había sido elegido, para bien o para mal. El tiempo diría. Riesgos de la profesión.

Hasta la hora siete en el puente de Queens, quedaban aún cuatro horas. Bien administradas, podían dar mucho de sí.

Entró en un salón de té, y dirigióse a la cabina telefónica. Hojeó el listín por la primera letra. No había ningún Atilano.

Aborrecía el té, pero lo pidió para poder pensar en Ed Atilano, sin distraerse y sobrepasar la medida, ya que las bebidas con sus adecuados grados alcohólicos, no podía saborearlas mientras pensaba.

O entonces, al irse acumulando los pensamientos y las copas, se olvidaba por completo del mundo rastrero y se elevaba a cimas etéreas, por completo ajenas a la sólida realidad, de la que el té no le apartaría.

Urgía averiguar quién era el misterioso patrón que se sentía «in articulo mortis», y que no podía acudir a la policía.

El temperamento irlandés propendía a empezar el sarcasmo por uno mismo. Ahí estaba un sujeto inteligente que disponía de cuatro horas para encontrar los antecedentes de un hombre cuyo nombre ignoraba.

El círculo de búsqueda se reducía a unos diez mil varones, ya que por las precauciones tomadas por Atilano, se deducía que el patrón era conocido en Brooklyn.

Lógicamente, tenía que optar por la decisión de la famosa emisión de radio: «Lo toma o lo deja». Iba al puente de Queens, o no iba.

Era estúpido pensar que alguno de los perjudicados en sus investigaciones, quisiera vengarse.

No enviaría a un gorila como Ed Atilano a correr tras él. Bajo su torpe lenguaje y dentro de su brutalidad nativa, Ed Atilano poseía cierta calidad cerebral.

Miró con repulsión la taza de té, echó el importe que marcaba el ticket en el platillo, y abandonando el salón, se encaminó hacia su despacho-agencia de Brooklyn.

CAPÍTULO II

Ed Atilano se apeó del «ferry» que, atravesando el Hudson y dejando atrás Brooklyn, daba acceso al sector portuario de Richmond.

Mientras a pie se aproximaba al domicilio particular de Harold Michael, su patrón, volvió a pensar en lo raro resultaba ver plasmado el miedo en el semblante de un hombre al que hasta entonces había considerado un valiente a carta cabal.

Y era innegable que Harold Michael tenía miedo.

Un miedo reciente. ¿De quién? Primer interrogante.

El segundo interrogante, grabado en la mente de Atilano, se resumía en la siguiente pregunta sencillísima: ¿Acaso un detective privado, por intrépido y listo que fuese, podía quitarle el pánico a Michael?

Renunció a seguir meditando, porque atravesaba el barrio de Newark, por la calle ribereña en la que tenían su establecimiento de artículos navales, Gaskell y Hamilton.

Los dos vejetes bobalicones le tenían sin cuidado, pero la secretaria de «Gaskell & Hamilton» le traía loco.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no entrar en el establecimiento y recordar que estaba obligado a informar cuanto antes a su patrón.

Mujeres despampanantes las había a montones entre las coristas de todo pelaje, seleccionadas precisamente por las proporciones geométricas bien distribuidas.

Pero Eva, la secretaria de «Gaskell & Hamilton», poseía algo más que física fascinación. Era algo indescriptible.

Era como si irradiase promesas de paraíso terrenal, sin serpiente ni nada de manzanas, que era una fruta, que no le gustaba. Eva..., y Atilano trató de definirla finamente, era *la repanocha*.

Del semblante generalmente hosco de Atilano se borró toda beatífica placidez evocadora de los múltiples encantos de la secretaria de «Gaskell & Hamilton», porque los dos individuos que avanzaban a su encuentro le inspiraban una firme y cordial inquina.

Se detuvo consolidando sus amplias espaldas contra la verja que enmarcaba la posesión de Harold Michael.

No se consideraba un asesino, y, sin embargo, por muy poco dinero, casi por amor al arte, habría descuartizado a aquel par de engreídos cerdos.

Los dos que eran objeto de la furibunda mirada impregnada de odio químicamente puro de Ed Atilano, tenían entre sí un punto en común: ojillos astutos.

El resto variaba. Uno, alto y flaco, hubiera podido pasar por un abogado. El otro, salvo que era rubio, tenía una contextura física bastante similar a la de Atilano.

El alto y flaco pareció reconocer, de pronto, a Atilano. Mostró los blancos dientes, en sonrisa falsamente cordial.

—¡Vaya, vaya..., pero si es el propio Ed! ¿Qué tal, Ed?

—Pues hasta ahora me encontraba a gusto —gruñó Atilano.

—Déjeme hablar a mí, patrón —intervino el rubio atleta—. Usted tiene demasiada categoría para bregar con un...

—Cállate, Alex —conminó el alto y flaco—. He intentado en vano ser recibido por Michael. Dile de mi parte que no está bien tenerme a mí cinco minutos apoyado en el timbre de la puerta. Dile que hasta las seis esperaré su llamada a mi teléfono. Hasta otra, Ed.

Al despedirse, el alto y flaco tocó a la vez en el hombro derecho a su acompañante, señalándole hacia el frente, donde en el aparcamiento esperaba un «Chrysler» gris.

Alex Sampson, encogiendo el robusto cuello sanguíneo, se alejó a regañadientes audibles, seguido por su patrón.

Ed Atilano aguardó hasta ver alejarse el «Chrysler». Refunfuñó:

—Conque cinco minutos apoyándote en el timbre, ¿eh, cerdo? Y como presumes de que tu tiempo es oro, mucho oro debe haber en tu deseo de hacer las paces con mi patrón.

No tuvo necesidad de tocar el timbre. Poseía las llaves, tanto las que abrían verja, garaje y caseta, como las que en ésta quitaban la tapadera metálica de la caja de dispositivos de alarma conectados con el edificio central, de dos plantas.

Medidas normales en un normal manejador de negocios de envergadura como Harold Michael.

Reajustó los cierres especiales de la verja y silbó como quien llama a un perro.

Pero de la caseta no surgió Slim O'Grady, el ex policía, licenciado por abuso de autoridad.

Era extraño. Slim, apareciendo, era lo rutinario. Equivalía, como en los cuarteles, a la salida del cabo comunicando al sargento que no había novedad digna de mención.

Ed Atilano empezó a perforar con la mirada los cuatro puntos cardinales del jardín, mientras se aproximaba a la caseta que comunicaba con el garaje.

La puerta corredera estaba abierta.

Otra imprudencia extraña en Slim, que no ignoraba que el patrón consideraba su domicilio particular en «estado de guerra», aunque no había revelado quién era el enemigo que tantas precauciones le suscitaba.

—¡Slim, condenado berzotas! —saludó Atilano, a un lado del umbral entreabierto.

Nadie contestó.

Ed Atilano, sacando de su bolsillo un pesado cortaplumas, lo arrojó al interior y esperó alguna reacción.

No hubo el menor movimiento.

Ed Atilano podía ser acusado de muchas cosas, menos de sentir miedo más allá de una fracción de segundo.

Penetró en la caseta con rapidez, asestando un manotazo de arriba abajo a la hilera de conmutadores de luz. Las tres bombillas se encendieron. En la caseta alojamiento del guardián de la casa, el repentino fogonazo triple de luz, demostró que si Slim O'Grady no había dado la novedad, fue muy en contra de su buena voluntad.

Nunca había sido guapo, poro sentado de aquella manera, reclinada la nuca contra el borde de la mesa donde solía cocinarse sus guisotes, el ex policía presentaba un aspecto repulsivo.

Tenía las piernas dobladas bajo los fondillos del pantalón y parecía contemplar las vigas del techo.

Atilano se dirigió a la caja de dispositivos de alarma. Reprimió una maldición. Aquello sí que era grave.

Alguien había desconectado las palancas. Es decir, había podido

entrar en la casa principal, sin producir la menor alerta en Harold Michael.

Atilano pensó rápidamente en la policía, el enemigo natural del hombre libre, según decía el patrón. Le iban a molestar, si estaban metidos dentro de la casa.

O si dentro de la casa estaba el cadáver del patrón.

Cogió el teléfono interior y sopló en la boquilla. Varios zumbadores, que nada tenían que ver con la caja desconectada, harían acudir al patrón.

Apremió:

—Oiga, jefe... Oiga, jefe. Aquí, Ed, caramba. ¿Qué pasa aquí, digo yo?

Repitió varias veces su nombre, y, por fin, la verdad se impuso. La muerte de Slim O'Grady debió preceder en poco a la de Harold Michael. Tenía que ir a cerciorarse...

Decidió que entre lo que humanamente le correspondía hacer, y lo que sus contactos con la policía le habían enseñado, mediaba un enorme abismo.

Que no estaba dispuesto a franquear.

Apartarse y esperar, era lo prudente. Abandonó la caseta, dejándolo todo como estaba. Cerró desde fuera la verja, y a paso medurado se dirigió a un bar de Newark que tenía dos entradas.

Cuando hubo apurado la tercera copita de aguardiente de cerezas, empezó a pensar en Slim O'Grady. Un tipo duro de pelar, con más escamas que un caimán sexagenario. No se fiaba ni de su propio padre. Y lo habían matado como a un becerro. Abriéndole una brecha en la testuz y otra en el cuero cabelludo. ¿Con una llave inglesa?

Bueno era O'Grady para quedarse quieto, teniendo delante a un tipo empuñando una herramienta capaz de producir aquellas dos brechas.

Interrumpió sus meditaciones, porque se le acababa de ocurrir una idea genial. Se levantó para acercarse al teléfono, junto a la cajera.

Una jamona de generosas proporciones carnales, que le miraba siempre con una gran dulzura. «Como una ternera enferma», pensó Atilano.

Se sintió inspirado.

—Hola, guapaza —saludó, a la vez que cogía el teléfono y marcaba números. Los que correspondían al domicilio privado de Harold Michael, en Richmond.

La cajera removió las caderas como si la cosquilleasen y contestó con un balido:

—Buenas tardes, señor Atilano.

Al teléfono, oía Atilano la señal de comunicación que zumbaba sin cesar. Dijo cortésmente:

—Ed al habla, jefe. ¿Cómo? ¿No es preciso que vaya? Ah, bien, jefe.

Hizo una pausa como si estuviera escuchando atentamente.

—Muy bien, jefe. Estaré sin falta, esperando a las siete en el Queens.

Ahorquilló, pensando que la coartada le salía estupenda, y mirando a la otoñal, se dijo mentalmente: «Se derrite, la muy loca. Hay que darle coba. Es tu coartada, Ed».

—¿Cuándo nos damos un paseo, guapaza? Y llámame por lo corto.

—Cuando usted quiera, Ed. Mañana tengo mi tarde libre.

—¿Y la noche?

—La cajera pestañeó procurando ruborizarse. Dio una cabezada afirmativa.

—Entonces, toda mía —decretó Atilano—. Te espero como un clavo, aquí mismo, mañana al mediodía. Iremos a masticar sabroso, luego una tanda de cine y después... Bueno, hasta mañana, ricura.

Abandonó el bar. Tenía un testigo hembra de que su patrón le había ordenado esperarle a las siete en el Queens.

Bien mirado, aquella jamona no estaba del todo mal. Redonda donde correspondía y con cara de bobalicona, como le gustaban para sus escarceos y retozos.

—Déjate ahora de pamplinas —se ordenó en voz alta.

Ahora tenía que enfrentarse con un gran problema. El sector de Richmond quedaba sin patrón al fallecer Harold Michael. El «Sindicato» nombraría a un sucesor.

¿Con quién le convenía entablar contacto y pronto? Lo más probable es que nombrasen a Clemens Brizzi en sustitución de Michael, pero Clemens Brizzi tenía el inconveniente de que su lugarteniente era el odioso rubio sanguíneo llamado Alex Sampson.

Ed Atilano decidió que había llegado el momento de demostrar dotes de diplomático.

Entró en otro bar y marcó los números correspondientes al despacho de Clemens Brizzi, después de consular en el listín.

Respingó.

Porque la voz que contestaba la hubiese reconocido y aislado en medio de miles de gargantas aullando en los graderíos de un campo de «béisbol», en tardé de gran final.

Era aquel cerdo asesino y cobarde de Alex Sampson el que preguntaba:

—Hola. ¿Quién va?

Como si estuviera reclutando en los muelles.

Adusto, Atilano rechinó:

—Harold Michael quiere hablar con Clemens Brizzi, al instante. O sea, pitando.

Podía ser el aparato chocando contra la mesa el que produjera aquel ruido. Atilano no quiso profundizar. Aguardó poco.

La voz falsamente amistosa de Clemens Brizzi saludó:

—¿Qué tal, Ed? Parece que tu jefe quiere hablar conmigo.

—Le di su encargo. Tenía que hacer imas visitas y me ha citado a las siete en el Queens. Mi patrón desea saber Si usted puede entrevistarse con él, a eso de las siete y cuarto. Me ha dicho que usted mismo señale sitio.

—Vaya, vaya. Así me gusta. Estoy dispuesto a ser todo lo razonable posible, si Michael me acompaña en lo razonable. Dile a tu patrón que a las siete y cuarto estaré en terreno neutral. En el garaje del «Rainbow». Que sigas bien, Ed.

Ed Atilano colgó. Estaba maniobrando como un verdadero mariscal alemán, meditó. También le convendría verse a las siete con el detective privado.

Sacaría el coche de la oficina y diría que Harold Michael esperaba en cualquier sitio. Coartadas a todo pasto.

Hasta el más inocente de los portuarios, el más angelical, si es que existía alguien inocente y angelical en el puerto de Nueva York, necesitaría acumular coartadas apenas entrase en funciones la policía.

La muerte de un pez gordo, experto nadador en las turbias aguas de los muelles de Nueva York, como era Michael, haría sospechosos

a centenares de pececillos.

Y la fidelidad de un segundo como Atilano no contaba para una policía desconfiada, que tenía ejemplos anteriores de numerosas traiciones.

Eran aguas muy turbias aquellas del puerto de Nueva York.

De pronto pensó en la pareja de pescadores bobos, Gaskell y Hamilton. Les imponía un productivo terror.

Pero, muerto Michael, y si perdía su posición, al no ser empleado por el que remplazase a Michael, ¿seguiría dominando en los billetteros de Gaskell y Hamilton?

Era preciso dar otro golpe, más rotundo, antes que la policía descubriese el cadáver de Michael, y los periodistas ametrallasen con titulares la vista de los lectores.

Gaskell y Hamilton eran aún fáciles presas y debía atacarlas inmediatamente. Mientras se encaminaba hacia el establecimiento de artículos navales, volvió a dibujar imaginativamente la hermosa estampa de Eva, la secretaria de «Gaskell & Hamilton».

Se sintió genial. Era su tarde inspirada. ¿No era Eva la hija adoptiva, casi, de aquellos dos viejos botaos? ¿No les obedecía ella con sumisión?

Emitió una interjección satisfecha. Se contentaría con la mitad del establecimiento y el hermoso apellido de la succulenta secretaria Eva, acompañando el suyo propio en una licencia matrimonial.

Iba a ser su negocio de cobertura. Un movimiento previsor, por si se quedaba sin empleo, cosa muy posible, dada la cantidad de enemigos que tenía.

Suspiró, pensando que no había mal que por bien no viniera. La muerte de Harold Michael acababa de sugerirle lo que hasta entonces ni siquiera se le había ocurrido imaginar.

Participar en un negocio sano, que bien manejado podía centuplicar los ingresos. Y probar qué tal le sentaba y por cuánto tiempo, enrolarse en el sufrido gremio de los maridos.

Porque, desgraciadamente, la filigrana de Eva era de las que se empeñaban en firmar una licencia matrimonial, antes de permitir la menor libertad.

CAPÍTULO III

Dudley Kerrigan fundaba parte de su fama de discreción, en que era discretísimo el departamento que habitaba y que tenía subdividido en despacho y alojamiento.

Ocupaba el ala izquierda de una antigua casona del viejo Brooklyn señorial, y para llegar hasta allí se atravesaba una galería cubierta que aislaba de miradas curiosas.

Atravesó la galería y examinó complacido el reverso femenino, en lenta ascensión, desde los altos tacones puntiagudos, hasta el negro cabello que en la nuca formaba un rodete de los que inspiraban ansia de probar si podía desmelenarse o era postizo.

La dueña del rodete encantador hundía el índice en el timbre y Kerrigan oía el tintineo repiquetear prolongadamente en el desierto alojamiento.

Visita privada, también como todas, deseosa de discreción, puesto que no acudía a la puerta etiquetada del despacho.

—Está usted añadiendo kilowatios a mi consumo.

Ella se sobresaltó, volviéndose.

El anverso superaba al reverso. Unos ojos azul violeta, una boca golosa, y detalle llamativo, nada de maquillaje.

Podía ser porque vino apresuradamente. Había clientes que acudían en último extremo, y algunas hasta se olvidaban de mirarse al espejo, lo cual indicaba hasta qué extremo llegaba su desesperación.

Esta era una de ellas.

Aquella palidez denotaba miedo. Tal vez por el sobresalto de verse interpelada sin previo aviso, o porque tuviera ya miedo... antes.

Dudley Kerrigan sonrió para suscitar confianza.

—Yo soy el inquilino.

Ella se humedeció los labios. Y la mano que hasta entonces se apoyaba en el timbre, fue a apretarse sobre su corazón, que a juzgar por el vaivén del soberbio busto, debía latir desacompañadamente.

—¿Es usted..., es usted Kerrigan?

—Yo mismo y a su entero servicio.

—Tengo que hablar con usted.

Sacando su llavero, abrió Kerrigan, invitando con un ademán a la visitante, a la que mentalmente bautizó: «La Lívida Horrorizada».

Le gustaba etiquetar melodramáticamente antes de conocer la identidad normal.

El vestíbulo oficiaba también de salón. La joven, indecisa en medio del vestíbulo, miró alrededor sin curiosidad, y un extraño mohín hacía resaltar sus labios pulposos.

Pareció como si fuese a echarse a llorar.

Dudley Kerrigan iba a emitir una observación trivial para tranquilizarla, pero ella susurró:

—Yo tengo...

¿Qué era lo que tenía? Porque bruscamente se acentuó su lividez, se enturbiaron las violetas de sus ojos y pareció afilarse su naricita vibrátil.

Gracias a sus veloces reflejos, pudo Kerrigan anticiparse a la caída, evitando que la visitante chocase con el suelo.

La mantuvo unos instantes abrazada.

En el vestíbulo, el mobiliario era escaso, pero el mejor sillón era muy práctico. La parte baja del asiento, al atraerla, transformaba el sillón en diván-cama.

Kerrigan pasó un brazo bajo las rodillas femeninas y trasladó a la desvanecida.

Seguía ella con los ojos cerrados, muy lívida. Si era comedia, era una magnífica actriz. Por cierto, que tenía gran semejanza con Liz Taylor, quitándole unos años.

Aunque muy escéptico por costumbre adquirida en la profesión, Kerrigan tenía ahora el convencimiento de que no era comedia. Aquella muchacha estaba desmayada.

Pasó al conato de cocinilla, de donde regresó con dos vasos. Uno para ella, cuando se recobrase. Otro para él, que vació complacido.

—Bueno, bueno. Vamos, vamos —dijo, tras chasquear la lengua.

Pero ella permanecía inconsciente. Los labios exangües. Toda vida parecía haberse retirado de aquella atractiva femineidad, de no ser por el onduloso aleteo del espléndido busto.

La atmósfera olía a tabaco y cerrazón.

Kerrigan abrió de par en par la ventana que daba al patio. El aire era excelente para disipar los desmayos y mareos, decían los técnicos.

Se aproximó a la que seguía inmóvil, a medias recostada en el sillón-diván. La desconocida llevaba una blusa de cuello alto, rígido y cerrado.

Kerrigan desabrochó los primeros botones con la finalidad de facilitarle la respiración a la muchacha. Y gruñó:

—Pura atención médica, Dud. Nada de lo que podría creerse un espíritu mezquino y malintencionado.

Dud Kerrigan se sobresaltó. En el nacimiento del seno, la joven tenía una herida.

Una rosa cuyo corazón era un limpio corte producido por algún instrumento cortante.

Algo honda, pero no era una herida grave. El daño era ciertamente menos físico que moral. Esto deducía Kerrigan mientras examinaba la herida. La sangre había manchado levemente el encaje superior de la combinación, de un delicado color lila.

Pero salvo en la piel, no había otro desgarrón. Ni en el tejido de la combinación, ni de la blusa ni de la chaqueta.

La deducción era curiosa, cuando fue herida, aquella criatura llevaba otro vestido.

Entonces, ¿sin curarse, se mudó y vino a pedirla ayuda?

Volvió Kerrigan a examinar la herida. Se remontaba ya algún tiempo. Había formado coágulo. Una cura rudimentaria serviría y hasta bastaría.

Pasó a la cocina, donde se sirvió otro tónico complementario. En el cuarto de baño sacó del armario botiquín lo necesario.

El algodón con alcohol no reanimó a la exánime. La gasa en grueso apósito impregnado de oxigenada, tampoco.

Solamente cuando tuvo que presionar para que la cruz de esparadrapo cumpliera su función adhesiva, la joven salió repentinamente de su aletargamiento.

Al ver al hombre inclinado sobre ella, se encogió instintivamente

hacia atrás, sorprendida y sinceramente pudorosa. Se cubrió con los brazos cruzados. Mirándole con fijeza y severidad.

Dudley Kerrigan se sintió profundamente ofendido.

—Oiga, oiga... Yo estaba curándola. Tenía usted una herida sin curar. No es nada grave, pero pudo arreglársela un poco antes de venir.

Ella, con gestos pausados, se examinó la cura, tras bajarse el vestido.

Kerrigan, de espaldas, contemplaba las chimeneas visibles desde la abierta ventana.

Preguntó:

—¿Intento de asesinato?

La respuesta tardó en llegar:

—¿Cómo?

—La herida no se la hizo usted limándose las uñas.

Se volvió Kerrigan. Ella había reparado el desorden de su blusa, abrochándola, pero continuaba medio recostada, como si la invadiera una inmensa fatiga.

—Descanse, y cuando quiera, sin prisas, dígame en qué puedo serle útil.

Ella esbozó una sonrisa. Tenía unos dientes preciosos y lo sabía.

—Alex comentó en cierta ocasión que usted era muy inteligente.

—Conozco a una docena de Alex.

—A éste no le conoce usted. Pero él sí a usted, de renombre.

Kerrigan colocó el vaso de coñac al alcance de la mano de ella, que murmuró:

—Gracias.

Mientras ella bebía a lentos sorbos, Kerrigan se reprochó el ser tan tercamente suspicaz.

Había detalles poco claros en aquella preciosidad. A instantes, gestos de nena asustada. En otros, su mirada parecía atesorar una milenaria experiencia en hombres.

Vestía bien, con gusto. Nada de barato ni de «quiero y no puedo».

Habló modosamente, casi como una colegiala.

—Es necesario que pueda confiar en usted plenamente.

—Sin que se lo jure, créame. Soy de confianza.

—Tengo miedo, y acudir a la policía no me serviría de nada...

antes de poseer una ayuda eficaz.

—Peco de inmodesto, pero no dude que yo soy esta ayuda eficaz.

—Cuando me ocurrió lo que me ha ocurrido, recordé lo que comenté cierta vez con Alex, refiriéndose a que si se viera en un apuro y no pudiera razonar con suficiente claridad, acudiría a un detective privado llamado Dudley Kerrigan. No sé por qué lo hice, pero lo cierto es que me apunté su dirección.

—Demuestra que es usted lista. Le hablo así, llanamente, para convencerla de que, en este mundo, nada es importante y todo tiene la importancia que queramos concederle. ¿Me permite ser vulgar?

—Usted no puede serlo.

—Depende. Pero me refería a otra clase de vulgaridad. ¿Cómo se llama usted?

—Flora.

—Perfecto. Nombre que le encaja. ¿Flora Nadamás?

—¿Es preciso...? Soy tonta. Si he de confiar en usted, no sé por qué he de ocultarle mi apellido. Soy Flora Brizzi.

Lo anunció ella como quien acaba de hacer una revelación asombrosa.

Kerrigan comprendió que tenía que asombrarse, pero ignorando el motivo, comentó:

—Considéreme un provinciano. ¿Qué contiene de peculiar el apellido Brizzi, aparte de ser ítaló?

Dilató ella al máximo las cejas. Se incorporó, quedándose sentada. Se estiró la falda, y sacando de su bolsillo una pitillera, extrajo un cigarrillo. Ofreció la cajita enjoyada y aceptó la llamita del mechero.

Quedó ya demostrado que la herida carecía de importancia. Y en cuanto al segundo interrogante, ¿tenía miedo o lo fingía?

—Mi padre es Clemens Brizzi y, por lo visto, ignora usted que es el patrón del sector de Jersey. ¿No está familiarizado con la división del puerto en sectores?

—Ni idea. Y a mi vez otra pregunta: ¿Qué tiene que ver el puerto de Nueva York con el corte que esconde usted bajo la pechera?

—Lo que voy a contarle, no puedo decírselo a mi padre. Sería como desencadenar una guerra.

—¡Diablos! No pongo en duda que usted pueda suscitar una guerra, pero... Bien, soy todo oídos.

—En el sector de Richmond, vecino del de Jersey, manda Harold Michael. Debido a asuntos de negocios, mi padre y Michael se odian a muerte. Yo, personalmente, simpatiqué con Harold Michael, que es un irlandés agradable..., fuera de sus negocios. Hoy, a las dos, fui a verle... en su domicilio particular. Quería convencerle de que jactase, si no amistad, conllevancia con mi padre. Que no fueran encarnizados rivales... Y sucedió lo increíble.

—¿Se portó groseramente el tal Michael?

Susurró ella:

—Se puso cariñoso.

No hubo cohibimiento en su expresión. Tan sólo un pestañeo.

—Ya. Yo también soy irlandés, por si lo ignoraba, señorita Brizzi. Tenemos la sangre un poco ardorosa.

—Excesivamente. —Y bajos los ojos fue explicando—: Michael se puso tan violento, que yo no sabía cómo defenderme. Me perseguía... y cogí un cortapapeles. Forcejeamos... y se me hincó. Mientras Michael iba en busca de algo para curarme, huí. No fui a mi casa, sino que vine aquí, a exponerle mi problema.

—Bien hecho. ¿Por qué no denuncia el salvaje comportamiento de Michael a las autoridades? Los jueces son muy severos con los que cometen lo que jurídicamente se llama atentado al pudor.

—Es que sería el fin de Harold Michael, y lo que es peor, mi padre podría cometer algún acto irreparable. Debe ignorarlo, pero he venido a solicitar su ayuda. Si alguien me hubiese visto salir en este estado, sería un testimonio de peso contra Michael, ¿no?

—¿La vio alguien salir desmelenada, con la ropa en desorden y con el corte sangrante?

—No. Yo tenía mi coche en el jardín. Nadie me ha visto. Pero si pudiera contar con usted...

—Comprendo. Pero sería un falso testimonio. Entiéndame. Yo no he visto nada, sino que oigo lo que usted me relata. No pongo en duda su veracidad y todo lo que me explica es lógico. No quiere usted acudir a su padre, en evitación de que éste, con mucha justicia, quiera aprovechar la ocasión para hacerle dar una gran paliza al sátiro.

—Yo estoy dispuesta a perdonar. Iríamos a visitar a Michael, y

con su testimonio, yo le daría a elegir: O hacía las paces con mi padre, o, sin titubear, le denunciaría.

—Comprendo. ¿Y por qué tiene miedo? Precisamente su actitud es generosa y noble.

—Es que ignora usted el fondo de todo el ambiente... Los negocios portuarios son llevados con mano dura.

—Los «dockers» no son blandos.

—Precisamente por esto, tengo temor. Tanto Michael como mi padre, desde jóvenes, se iniciaron en la áspera vida de los muelles, hasta llegar a ser lo que hoy son. Y hay sujetos despreciables, necesarios en cierto modo, pero odiosos, como Ed Atilano.

—¿Ed Atilano? —Kerrigan sonrió con éxtasis. Los matones le inspiraban mucho matonismo—. ¿Es por casualidad un sujeto moreno, agorilado, con cara de dar y recibir?

—Exacto. Es el reclutador de Harold Michael.

—¿Reclutador?

—Algo así como el capataz del personal.

—Puesto de otro modo, resulta entonces que Harold Michael es el patrón de Ed Atilano.

—Sí.

—Bien. Me hago cargo de su asunto con toda devoción, señorita Brizzi. Corríjame si me engaño. Usted desea que Michael y Brizzi dejen de odiarse. Y lo desea, por las buenas o las malas. Michael, con su vehemente fogosidad, le ha entregado una buena carta, que es un as. Yo voy a visitar a Harold Michael y le expongo el dilema; o accede a firmar un convenio de paz en los negocios portuarios con Clemens Brizzi o usted va conmigo a la policía a denunciar el intento de... abuso físico o cómo se llame.

Brillaron los ojos femeninos. Un destello fugaz de triunfo.

—Se lo agradezco, Kerrigan. Me sería molesto estar presente.

—Ya me lo supongo. Naturalmente, la firma de este convenio supondría para papá Brizzi unos buenos beneficios.

—Sí. Supondría la cesación del estado de rivalidad y la unión de los sectores de Jersey y Richmond, bajo la administración conjunta de Harold Michael y mi padre.

—Comprendido. Bien, ahora necesito tan sólo un dato. Hora exacta y sitio.

—No entiendo.

—Si he de declararle a Michael que fui testigo de su faunesca hazaña, atacándola a usted con rijosas intenciones, comprenda que necesito saber dónde estaba yo y a qué hora.

—Llegué a casa de Michael...

—Un momento. ¿El la llamó?

—Habíamos quedado en vernos hoy a las dos, en su casa particular. Reside en Richmond, en el extremo del barrio de Newark, en la calle Bayonne, número siete. Una calle de residencias con jardín.

—¿En qué lugar de la casa se encontraba usted cuando empuñó el cortapapeles?

—En el bar del piso alto. Un bar-estudio.

—¿Visible desde la calle?

—Perfectamente visible. Podríamos decir que yo grité asomándome al balcón y que usted acudió a la verja, facilitándome después ayuda y conduciendo mi coche. Y que no fuimos a la policía, porque yo no quise que mi padre se enojara terriblemente.

—De acuerdo. ¿Y ahora, dónde volvemos a vernos, señorita Brizzi?

—Puedo esperar aquí el resultado de su visita a Michael. ¿Tiene usted inconveniente?

—Ninguno en absoluto. Instálese como en su casa, aunque más modestamente. No tardaré en regresar.

—Vigile mucho sus pasos, Kerrigan. Michael no es de los que se dejan intimidar. Le puede insultar, puede hasta llamarle chantajista...

—Todo lo que me achico ante la mujer, me crezco ante el canalla abusador —declaró Kerrigan efectuando un amplio ademán, como si el antebrazo derecho llevase los pliegues de una gran capa.

Ella sonrió. Abandonaba la tiesura, olvidada de su falda, ya no tenía gestos pudorosos.

Dudley Kerrigan, en la puerta, señaló el pestillo.

—No abra a nadie, salvo al dueño de la casa. Todo saldrá bien.

—No olvidaré su generosa actitud, Kerrigan. Soy rica.

—Y lo está. ¿Quién lo duda viéndola, querubín?

Kerrigan cerró desde fuera.

Mientras atravesaba la galería, estaba convencido de dos cosas: la primera, que tenía que profundizar en la coincidencia tan

favorable que le traía en bandeja el nombre del patrón de Atilano.

No creía en coincidencias tan propicias. La hija del rival del patrón de Atilano, visitándole poco después de que Atilano intentara contratarle para algo que... también era turbio.

Porque la segunda cosa de la que estaba convencido Kerrigan era que en los ojos azul violeta de Flora Brizzi había turbiedad.

La clásica veladura que la mentira, aún mejor recitada, tiende sobre el claro mirar de la sinceridad.

¿Mentía ella al fingir que había sido objeto de un ataque lascivo?

Según cómo, podía sobradamente inspirarlo. Y más en un irlandés.

¿Dónde alentaba, pues, la mentira de Flora Brizzi? No cabía duda que la solución estaba en el propio Michael.

Y tenía un recurso apto para justificar su visita. Se anticipaba a la cita en el puente de Queens. Deseando ser útil al patrón de Ed Atilano.

En el taxi dio la dirección:

—Barrio Newark, calle Bayonne, siete.

CAPÍTULO IV

—¿Número siete, calle Bayonne, Newark, en Richmond? Bien. Ahora, por favor, dígame su nombre.

Pero el comunicante colgó.

El telefonista de guardia en la comisaría central de Richmond examinó la nota que acababa de tomar y consultó el cuadro de servicio.

En la Criminal, estaba de guardia el sargento John Marchitto.

Pulsó la palanca de conexión con el piso de la Brigada Criminal. Dio su comunicado y volvió a distraerse en la resolución del crucigrama interrumpida por la llamada anónima.

Otro agente, en el piso alto, entró en el despacho, donde un individuo, en mangas de camisa, tendido más que sentado en un sillón, reposaba sobre el estómago dos amplias manazas.

En equilibrio encima del rostro tenía un periódico como una visera protectora.

—Una llamada anónima, sargento. Acaban de denunciar que en el número siete de la calle Bayonne han matado a golpes de barra de hierro a un hombre.

El periódico ondeó un poco y una voz ronca conminó:

—La rutina. Un coche, a ver qué pasa. Ya dejé atrás la época en que me abalanzaba y luego tenía que maldecir de las solteronas aburridas que se divierten denunciando crímenes, incendios y atracos.

—El número siete, sargento, es el domicilio de Harold Michael.

—Como si fuera el de la alcaldesa, Al coche, tú —ladró el del periódico.

El agente salió. No ignoraba que el sargento John Marchitto era un bruto malévolo. No quiso incurrir en responsabilidades. Se metió

en el coche, con los del equipo.

Un paseo sin consecuencias valía más que encontrarse con un cadáver, sin tener al alcance los de huellas y el forense.

Bajo su periódico, Marchitto resopló, haciendo volar la hoja.

Apareció su ancho rostro macizo, de pobladas cejas, maxilares de carnívoro voraz y el crespo cabello lanudo que como un negro casco le ajustaba el cuadrado cráneo.

Ex vigilante de muelles, John Marchitto había ingresado en la policía oficial veinte años antes. Se ganó laboriosamente el ascenso y era considerado insuperable en los interrogatorios, a solas, con matones recalcitrantes.

Removió entre sus gruesos labios el palillo y, poniéndose en pie, se dedicó a reajustarse los faldones de la camisa de franela a cuadros.

Macizo y rechoncho, tenía a orgullo el apodo con que le conocían los numerosos maleantes de los muelles: «Felpa».

Un apodo con dos interpretaciones. La policial alegaba que debido al espeso vello que iba desde el cuello hasta los tobillos el cuerpo del sargento, éste se había salvado del entierro.

El perito en logística dijo que no era lo que había salvado a Marchitto. La bala parada desde lejos estaba al final de su impulso. Pero el apodo le quedó entre la policía.

Los maleantes daban al apodo su contenido en argot: Paliza.

John Marchitto miró con ojos de buey que contempla el paso de un tren, el parco decorado de su despacho.

Prefirió mirar el calendario donde una muchacha representaba el mes de mayo, con profusión de flores a ras de un prado, sobre el que ella se inclinaba, de espaldas al que miraba la fecha.

Sonó el teléfono. Cogiéndolo como quien estruja una esponja, refunfuñó:

—Habla Marchito.

—Kelly, de la comisaría de Jersey, sargento. Me han dicho que está usted de guardia.

—Así es, inspector.

—En la línea limítrofe del estanque de Bayonne hay un cadáver. En cierto modo, tendremos que colaborar, sargento, puesto que el muerto tenía su residencia en el número siete de la calle Bayonne, que es de su jurisdicción. Le espero en el hangar de los pescadores

del *dock* de Bayonne.

El inspector Norman Kelly, de la Criminal de Jersey, colgó.

Marchitto hizo una mueca despectiva.

El simpático Kelly, el guapo, elegante e inteligente Kelly.

Mark Gaskell declaró en determinada ocasión que no se había casado porque estaba asociado con John Hamilton.

Y John Hamilton dispuso lamentables equívocos, especificando que la amistad era un raro tesoro, que a veces podía sustituir a la familia.

Los dos solterones se compenetraban con perfecta sincronía.

Todos los días, por lluvia, sol o niebla, a la una, cerrada la tienda de artículos navales de que eran copropietarios, empuñaban el maletín metálico que contenía su almuerzo y se dirigían al pequeño embarcadero privado de Newark, donde les esperaba «Afrodita».

Era su pasión. Una pasión que compartían. Una modestísima barca con la cual salían a pescar lo que se dejaba, en el anchuroso espacio del Hudson.

Economizaban centavo a centavo, con la esperanza de comprar algún día un motovelero y poder ir a probar suerte con el anzuelo a lo largo de las Antillas.

Los dos, en su barquichuela de poco dispendioso motor, se sentían transportados a otro mundo, a mil mundos de ensueño, de los que despertaban a las cuatro, para regresar a la tienda.

Fue también un despertar de mal sabor el que les produjo conocer a Ed Atilano.

Acababan de amarrar su «Afrodita», cuando vieron acercarse el atlético reclutador de Harold Michael.

Le conocían de vista y oídas. Mark Gaskell, miope, tardó más que John Hamilton en darse cuenta que Ed Atilano les cerraba el paso.

Abiertas las piernas en compás sobre el primer peldaño de la escalera que desde el embarcadero daba acceso al muelle superior.

El día era neblinoso, frío y desagradable. Se convirtió de pronto en lúgubre, porque Ed Atilano atacó sin rodeos.

—Hola, pareja. Ya sabéis quién soy, o sea que enterados. No me como crudo a nadie, si se me trata con buenos modales. Sin cortesía, ¿dónde iríamos a parar? Llevo algún tiempo echándole el

ojo a vuestro cascarón flotante. Navegáis por aguas de Richmond, que es sector bajo mi custodia. ¿O es que no lo sabíais, pareja?

John Hamilton, alto, muy delgado, trató de exteriorizar sólo su asombro. No su pánico.

Ambos, él y Gaskell, no lo podían remediar; le tenían un respeto rayano en pavor a hombres como Ed Atilano, que ocupaba un cargo que para lograrlo había que jugarse con frecuencia la vida y tenerle poco aprecio a la ajena.

—Tenemos licencia para pescar en el puerto, señor Atilano.

—Sí? ¿Licencia de quién, carcamal?

—De la Comandancia de Marina, que es la que... manda...

La diestra de Atilano cogió de la solapa el chaquetón de cuero, ferrado interiormente de piel de cordero, que protegía la flaca anatomía de John Hamilton.

—Vamos a ver si os moto en el buche varias verdades aplastantes. Primera verdad impepinable: estas aguas son de mi patrón. Segunda: la Comandancia de Marina, no tengo nada que ver con ella ni viceversa. Eso de viceversa está claro, digo yo. ¿Sí o no?

Los dos interpelados asintieron vigorosamente. Atilano proclamó triunfalmente:

—¡No falla! Estamos de acuerdo, entonces. La tercera verdad es que si queréis seguir pescando, hemos de llegar a un sólido acuerdo. Además, ¿quién me responde de que solamente pretendéis pescar, ¿eh?

—Pecamos cuando podemos... —farfulló Hamilton.

—Nada de querer enredarme. Yendo y viniendo todos los mediodías, de arriba abajo, y de un lado a otro, ¿quién me responde que no sois un par de chivatos, o sea confidentes de Brizzi y Bowen?

Los dos apocados solterones sintieron que el miedo llegaba a su punto crítico. Los chivatos y confidentes de los otros sectores solían terminar dándose un baño en las glaucas aguas del puerto, pero flotando inertes.

—¡Válgame el cielo! —Maulló Hamilton. Hablaba porque era el que estaba asido por el chaquetón—. ¿Nosotros...? Pero si usted tiene que haber oído que somos dos honestísimos comerciantes que ningún daño hacemos a nadie. Palabra de honor.

Atilano soltó a Hamilton de un modo especial. Lo atrajo primero, rozándole las narices con las suyas. Clavándole una mirada

inquisitiva. Le soltó dándole un leve empujón.

John Hamilton se salvó de resbalar en el húmedo pavimento y sumergirse en el agua, porque con nerviosa fuerza de alarmada amistad lo retuvo Mark Gaskell, a punto también de darse un baño sin el menor deseo.

—Os quiero creer, vamos —decretó Atilano generosamente—. Pero en lo sucesivo, o sea de ahora en adelante, el que quiera peces tiene que mojarse el pandero. Más claro y para que lo entendáis: para pescar tenéis que abonarme una cuota.

—¿Qué cuota? —preguntó ingenuamente Gaskell.

A la vez que sostenía á Hamilton, se protegía tras él.

Ed Atilano tenía arrechuchos de humorismo especial. Rió campechano, pero dando un paso hacia adelante.

—La cuota llamada de protección. Este puerto, y sobre todo este sector, es muy peligroso. Yo os voy a proteger.

—¿Pero contra quién?

Ed Atilano dejó de reír bruscamente y silabeó agresivo:

—Contra los piratas.

Hizo una pausa.

Los dos solterones tuvieron la suficiente sensatez para no expresar su absoluta seguridad de que los únicos piratas que existían eran los matones de la clase del que quería protegerles.

—Hoy es viernes, digo yo. Pongamos, pues, que cada sábado, aquí mismo, me pagaréis la cuota. Veinticinco pavos por barba.

—¡Cielo santo! —gimió Gaskell—. ¿Veinticinco dólares... cada uno... por semana...? Son...

—Cien por mes y barba. Barato. Claro que si no queréis protección o imagináis que los piratas ya no existen, no tenéis porqué pagarme. Después, cuando veáis sólo agua donde antes estaba la «Afrodita» esa, alquilad un buzo. Comprobaréis que la «Afrodita» está debajo del agua y sin modo de sacarla a flote. Un hacha bien manejada hace primores de encaje. Mañana a esta hora, aquí los tres como un clavo, pareja. Id meditando qué os conviene más.

Los oyentes meditaban angustiados. Añadió Atilano, desdeñoso:

—Existe una organización llamada policía. Suponiendo que fuerais a ella, y suponiendo que os creyesen, el buzo ya no tendréis que alquilarlo, porque además de la «Afrodita» esa, iréis vosotros

bajo el agua.

Ed Atilano se marchó, ascendiendo ágilmente los escalones, cuyos tramos les parecieron a Gaskell y Hamilton muy difíciles de escalar. Meditaron en compañía.

Al día siguiente, a la misma hora, Atilano miró con recelo el billete de cincuenta dólares que le tendía Hamilton.

Cogiéndole, comentó:

—Si está marcado, si lo habéis empleado para señalarme a la bofia, es que estamos confundidos y me habéis tomado por un palomino.

—¡Oh, no!

—Echad un vistazo a este recibo. Está en regla. Papel de pago y póliza adecuada, o sea que tiene valor legal ante la Ley. Leed, pareja.

Hamilton leyó y releyó, con aspavientos. Le imitó Gaskell, en perfecta sincronización.

Atilano se hizo persuasivo:

—Esta protección que os doy es un negocio aparte de los míos corrientes. Es como si dijéramos, un trabajo personal. No puedo correr riesgos. Eso es. Firmad para que todo esté en regla. Llevo lo necesario. Hasta la cajita entintada, para que imprimáis los índices y pulgares. Dice un abogado, conocido mío, que esto de las huellas es matemático. No caben luego trampas.

—¡Pero nosotros no le debemos mil doscientos dólares pagaderos en seis meses! —exclamó Hamilton agudamente.

—¿Cómo qué no? Empieza a sumar y multiplicar, cacho de arenque ahumado. Veinticinco y veinticinco, no falla que son cincuenta por semana. Multiplicado por las cuatro semanas que suelen tener los meses, son doscientos. Como mi protección dura seis meses, renovables, o sea que luego se repite el asunto, echad raya y cuenta. Dan cabalmente mil doscientos que me iréis apoquinando a chorritos sin daros cuenta.

—Pero aquí está escrito que nos ha prestado mil doscientos...

—La «Afrodita» esa y vosotros valéis mucho más, ¿no? Ya estáis firmando sin rechistar, que no quiero yo que luego haya gente mal pensada que pueda creerme capaz de chantajes o de aterrorizar a dos conejos anémicos como vosotros.

Firmaron y estamparon sus huellas. Una situación deplorable y

humillante, contra la cual se sentían incapaces de reaccionar.

Cada sábado, Atilano venía a percibir sus cincuenta dólares y cuando en abril los dos asociados a la vez contrajeron paperas, complementadas por un fuerte catarro, Atilano fue a cobrar a la tienda.

Así fue cómo conoció a la hija adoptiva y secretaria de «Gaskell & Hamilton».

No le extrañó que Eva fuese arisca y denegase sus invitaciones a cenar, que después transformó en invitaciones a pasear.

Lo que sí le extrañó y mucho fue que ella le causara una extraña sensación parecida a respecto. Estaba enamorado, sin saberlo.

Y aquella tarde de mayo, en que tras examinar el cadáver de Slim O'Grady empezó a pensar que su porvenir se tornaba sombrío, Atilano vio la solución en «Gaskell & Hamilton».

Un establecimiento que, bien administrado, daría de sí. Ella sería obediente al mandato de sus padres adoptivos. El sabría conseguir de los aterrorizados pajarracos que le secundaran en su petición de mano.

Empujó la puerta con triunfante decisión. Entre redes, cordajes, ropas, barriles y utensilios, al fondo se extendía el mostrador, tras el cual Eva, en ausencia y enfermedad de los dos socios, atendía a la clientela.

Ed Atilano se detuvo, rozando su sombrero con unas botas colgadas.

En vez de la filigrana de porcelana echa carne, de nuevo se topaba con aquel entrometido. Un tipo al que era ya hora de ajustarle las cuentas y arrugarle el hígado.

No le gustaba nada aquel insolente sujeto, procedente de California. Rondaba demasiado por la tienda y no compraba nada.

—¡Ah de la casa! —vociferó Atilano, empleando el saludo marinero.

Pero no salió Eva a responder, sino que fue el californiano quien con su calmoso acento, manifestó:

—No está ella. Ni tampoco ellos.

Atilano fingió ver de pronto al que medía apenas unos centímetros menos que él, y cuya ropa azul de estibador moldeaba buenos músculos. Pero era el rostro lo que molestaba a Atilano.

Aquel cabello rojizo, los ojos fosforescentes como los de un gato,

el mentón hundido, eran detalles, que según el rumor portuario, le valían muchos éxitos femeninos a Joey Martyn, el californiano.

—¿Te pregunté algo a ti, pelanas? —inquirió Atilano.

Sus años de experiencia del léxico apto para la recluta muelles, eran gramaticalmente enciclopédicos.

—En toda casa alguien contesta cuando alguien berrea. Y como no hay nadie más que tú y yo, te he contestado, porque soy un muchacho bien educado, cachalote.

Los ojos y el tono tenían miga, decidió Atilano. Pero quedaba tiempo para apagarle la luz insolente y rebajarle el tono hasta convertirlo en diapasón de gemidos.

Tenía que averiguar cómo, por primera vez, y estando abierto el establecimiento, no se hallaban allí Eva ni los dos socios.

Era preciso averiguar qué atribuciones se arrogaba aquel barbilindo.

La táctica exigía contemporizar. Era como pinchar aceitunas antes de paladear un buen trago.

—A lo mejor no me conoces, tú.

—¿Quién no conoce al poderoso Ed Atilano, el gorila del sector Richmond? También tú me conoces, Ed. Soy Joey, el californiano, que trabaja libre, sin recluta y cuando se le antoja, en cualquier sector, menos en el de Michael, porque no me da la gana.

—Ya me contaron que te las dabas de matón.

—Porque puedo. Y a todo esto, nos olvidábamos de lo principal. Esta tarde no se despacha aquí. Yo estoy, como si dijéramos, de hombre de confianza.

—No me agradan tus modales. Un piojo con ínfulas de alacrán, se queda siempre en lo que es. Eso es. Y digo yo: ¿los dos carcamales te han nombrado dependiente?

—Casi. Te voy a hablar en plata, Ed, aunque no te lo merezcas. La cesa empezó así. Les caí simpático a Gaskell y Hamilton. Y esta tarde, apenas telefoneaste diciéndoles que te esperasen con Eva, me avisaron. Les di mi consejo. Que se fueran los tres al cine, que yo atendería al negocio. Y aquí estoy atendiendo el negocio... para evitar que se vaya al demonio.

Atilano frunció el entrecejo. Iba asimilando.

—A ver si es que ahora resulta que los dos carcamales te han nombrado su angelito de la guarda.

—Diste en la diana. ¿Dónde tienes el recibito de marras? Vamos, Ed. Arreglemos la cosa por las buenas. Por mí, lo arreglaría de otro modo, pero los dos socios te tenían miedo. Ya se les pasó. Necesitaban una inyección de extracto de riñones, y yo se la di. Me bastó con decirles que si no me dabas el recibo, yo iría a hablarle a Harold Michael, para explicarle que su segundo anda explotando como un *gángster* de pacotilla los ahorros de dos tenderos inofensivos. Y a mí no me hundes la barca, Ed. Y a ellos no les tocarás ya ni un pelo ni un centavo. Vamos, Ed, a ser buen chico y aquí no ha pasado nada... ¿O es que quieres que pase?

Ed Atilano agachó lentamente la cabeza, mientras sus pies, hasta entonces aplomados, se separaron un poco. Muy poco. Lo suficiente para estar en buena postura de arrancada.

Iba a ser la paliza más sabrosa de su accidentada carrera de matón, la que le iba a administrar con talento a aquel odioso matón que se permitía emplear con él un tono calmoso y protector.

CAPÍTULO V

El sargento John Marchitto saludó, porque se lo exigía la disciplina. El inspector Norman Kelly se tocó también el borde del fieltro.

—Ahí tiene, sargento. Eche un vistazo.

En el hangar de pescadores del muelle libre de Bayonne había seis individuos yendo de un lado a otro. Eran del equipo pericial de la comisaría de Jersey.

Norman Kelly, apuesto, radiante de simpatía, aunque a veces sus ojos ostentaban dureza natural, señaló el suelo.

En un charco de agua había manchas sonrosadas, que eran más oscuras en el bulto informe que había sido un cuerpo humano, vivo.

John Marchitto se arrodilló y no para rezar. Estuvo contemplando el cadáver con atenta concentración.

Por fin, incorporándose y sin mirar al inspector Kelly, gruñó:

—Da asco cómo lo han dejado a ése. ¿Se sabe quién es, inspector? Perdone que le pregunte, pero como usted mismo dijo que el caso nos iba a pertenecer a los dos, quisiera saber de qué se trata.

—Un telefonazo anónimo. Avisaron de que entre las balizas de este hangar había un cadáver bastante deteriorado. Mi equipo hizo lo de costumbre. La documentación, sin mojar, está a nombre de Harold Michael.

John Marchitto frunció las peludas cejas. Proseguía Kelly:

—En la muñeca derecha llevaba un reloj en cuyo reverso está grabado el nombre de Harold Michael. La ropa es de Harold Michael, como lo atestiguan las tirillas de los bolsillos y las iniciales de las prendas interiores. No estuvo sumergido, sino que lo tiraron a las balizas y se impregnó de humedad. Es innegable que ha sido

bestialmente apaleado y por alguien científicamente experto. El forense ha hecho una larga lista de contusiones, algunas de las cuales eran mortales de necesidad y en sitios delicadamente vitales. Una paliza inhumana.

Kelly apartó la vista del cuerpo, agregando:

—Tiene el rostro completamente desfigurado y lo que llama la atención es que tiene las manos también destrozadas, como si se las hubieran aplastado en una prensa. Sin embargo, salvo algunos desgarrones, la ropa está intacta, y podemos descartar pensar en hélices de barco. No ha habido modo de tomarle las huellas. Y parece ser que Harold Michael no da señales de vida, desde este mediodía. Tengo a varios de mis hombres buscándole.

Norman Kelly esperó el comentario de John Marchitto, el cual prudentemente opinó:

—Usted lleva el caso, inspector. ¿Le parece que es conveniente efectuar un registro en casa de Michael?

—Pertenece a su demarcación, sargento.

—Envié allí a Calvert, porque también se recibió un telefonazo anónimo diciendo que había un cadáver en el número siete de la calle Bayonne. Es el domicilio de Michael.

—¿Vamos allá?

—Como usted ordene, inspector.

En el coche oficial de la comisaría de Jersey, entró Kelly.

John Marchitto hizo una señal al suyo, para que siguiera. Y siguió a instalarse al lado del inspector a la invitación de éste.

—Ante todo, sargento, pongámonos cómodos. No trabaja a mis órdenes, sino en colaboración. El cadáver encontrado estaba en zona limítrofe y Michael vive en ambas jurisdicciones, puesto que tiene también despacho y casa en mi zona. Estamos, pues, colaborando. Le tengo en un gran concepto, Marchitto. Usted no es sólo valiente, sino también un veterano con inteligencia.

Asintió el sargento, inmodestamente. Miraba al frente. ¿Por qué le estaba dando tanto jabón el Adonis de la Criminal de Jersey?

—Algo ha debido chocarle en el cadáver, sargento.

—Lo que usted dijo, inspector. Estaba magullado de mala manera. Y con golpes superfluos.

—Lleva la documentación y la ropa de Harold Michael, pero no se le puede reconocer la cara ni tomarle las huellas. Esto sugiere dos

hipótesis. Abandone su reserva, Marchitto. Estamos en el terreno inicial de las teorías y no nos comprometemos.

—Hay palizas que desfiguran y maneras de sujetar manos que borran, al despellejarlas, las yemas de los dedos.

—También puede ser que el cadáver no sea el de Michael.

—Es una hipótesis muy lógica, señor. Pero ¿qué interés podría tener Michael en fingirse muerto?

—Estoy recordando el caso de Danoia. Un patrón que sintiéndose en peligro se escondió por una temporada. Mientras, en el depósito había un cadáver que padecía el suyo. ¿Recuerda el caso?

—Precisamente por entonces estaba yo en la Portuaria de Brooklyn.

—¡Es verdad, caramba! Por cierto, a lo mejor oyó usted hablar de que Michael no estaba en buenas relaciones con Brizzi.

—En este endemoniado puerto, las rivalidades y las suciedades abundan. Pero Clemens Brizzi pertenece a su demarcación, inspector. ¿Le cree usted tan imbécil como para suprimir a Michael?

—En este endemoniado puerto todo es posible, sargento.

El coche se detuvo en un jardín. Bajaron los dos policías. Un agente dio las novedades al sargento:

—El guardián, Slim O'Grady, estaba muerto. En el interior de la casa, dos habitaciones con huellas de desorden. Estábamos realizando el registro, cuando un individuo intentó colarse. Le atrapé. Lo tengo esposado allá, en el salón. Se niega a hablar. Dice que sólo hablará...

—Va bien —atajó Marchitto, dirigiéndose a la casa.

El agente insinuó:

—Slim O'Grady estaba en aquella caseta, señor.

—Pero no está en condiciones de contestar preguntas, ¿no? Salvo su mejor parecer, inspector, quisiera primero oír a ese tipo que han atrapado.

—Está usted en sus dominios, sargento. Yo me limito a seguirle, ver y escuchar.

En la planta baja, atravesando el vestíbulo, unos escalones daban acceso descendente a un amplio salón.

En su centro, custodiado por un agente uniformado, sentábase Dudley Kerrigan contemplando sus manos esposadas.

John Marchitto, llegando ante el sillón, echóse atrás el sombrero.

—Quítele los hierros, Murray. Y váyase donde haga más falta.

El policía obedeció. Libre, Kerrigan se frotó las muñecas. Dijo:

—Gracias. De todos modos, no iba a presentar denuncia contra ustedes, puesto que admito que no podía entrar clandestinamente.

—Muy amable por su parte. ¿Cómo es que antes era usted mudo?

—Porque el agente que me puso las esposas se portó a lo truculento. Me colocó primero la boca de su petardo en la sien, surgiendo como un fantasmón de los pliegues de aquel cortinaje.

—A usted le tengo yo visto. Fue casual. Me dijeron que era un privado. Les tengo tanta simpatía, que le tomé el número. Lo que no recuerdo es cómo se llama.

—Dudley Kerrigan.

«Irlandés como el inspector Kelly. Como Harold Michael», pensó el sargento.

—Muy bien, detective Kerrigan. Tenga la bondad de explicarme cómo entró aquí. A la casa.

—Llegué ante la verja y me extrañó verla abierta. Pulsé el timbre, esperando con paciencia. Pero nadie contestaba. Puede preguntar a sus hombres.

Marchitto miró a un lado. Y el agente Calvert asintió.

—Bien. Quedamos en que usted llamó normalmente. ¿Y luego?

—Nadie contestaba y decidí entrar. Hay presagios, hay detalles indefinibles que dan sensación de algo poco claro. Y apenas pisé la grava del jardín tuve la sensación de que alguien me acechaba.

—¿Quién?

—De momento no veía a nadie. Seguí adelante, con precauciones, naturalmente. Cuando este señor, policía Oficial, me endilgó el cañón de su pistola en plena cabeza, en suave contacto, habló tan oficialmente que me dejé encajar las esposas. Fui dócil, ¿no?

—Mucho. ¿Por qué demonios no iba a serlo?

—Fíjese que, legalmente, podría demandarles. Yo toqué el timbre, y este señor policía, en vez de agazaparse a lo piel roja, pudo salir a mi encuentro, sin emboscada. O sea que si entré ilegalmente, fue porque él no actuó legalmente.

—Eso lo discutiremos en otra ocasión, Kerrigan. ¿Qué se la había perdido por aquí?

—Hasta hoy, nada. Pero este mediodía me di cuenta que un fulano me seguía. Y no lo negó. Se puso misterioso. Parece ser que tenía un patrón al que amenazaba un grave peligro, y que él le había enviado para contratarme discretamente. Ahora bien, antes de proseguir, capitán, teniente o lo que sea...

—Sargento John Marchitto.

—Pues, antes de seguir, quiero hacerle una declaración, sargento. Soy detective privado, pero no ando con tapujos, y la verdad siempre resplandece en mis sinceros labios.

—No lo dudo.

Kerrigan miró al que un poco más atrás que el sargento sonreía escéptico.

—¡Quiero demostrar que no soy un vulgar privado de película barata, que está rabioso por demostrar que es más listo que la oficial. O sea, que sólo la verdad es lo que estoy contando. Usted me cree, ¿no, sargento?

—De acuerdo. Le creo —asintió Kelly, a quien dirigía Kerrigan su pregunta.

—No es sargento —rebatía Marchitto—. Es el inspector Norman Kelly, de la Criminal de Jersey. Prosiga, hombre sincero.

—El fulano que me prometía el oro y el moro me dio cita para las siete en el puente Queens. Me recogería en un coche azul. Dijo que se llamaba Ed Atilano.

—Vaya... ¿Y no conocía usted al tal Atilano?

—Lo veía por vez primera. Dije que bueno, y se fue. Pero me picó la curiosidad. Hasta las siete, era un plazo muy largo para un hombre sincero y curioso como yo.

—Un momento, Kerrigan —intervino Kelly—, y con su permiso, sargento. Díganos lo más exactamente posible los términos en que le hizo Atilano la proposición.

—Atilano me dijo que había asuntos privados en los negocios de su patrón, que si bien no eran delictivos, resultaban ajenos a la jurisdicción de las comisarías. Que su patrón estaba bajo una amenaza, y necesitaba los servicios de un privado listo y recio. Yo.

—¿No dijo más?

—Añadió que si yo aceptaba, debía ser discreto como un mudo

analfabeto. Lo juré. Si ahora rompo el juramento se debe a que tenía que explicarles el motivo de mi entrada en esta casa.

—¿Atilano le reveló la personalidad de su patrón?

—No. Solamente aludía a su patrón. Pero tenía trazas de alguien oliendo a muelles, y empecé a pensar en el puerto. Consulté el anuario de los Pósitos. Encontré a Atilano mencionado como reclutador en el sector de Richmond. Busqué en dicho sector y encontré en el anuario que Michael era el patrón reconocido por los Sindicatos.

—Michael tiene otro domicilio, también inscrito en el anuario. ¿Por qué vino a este domicilio?

—Me pillaba más cerca.

Marchitto indicó:

—Quédese por el momento donde está, Kerrigan.

—Gracias, sargento.

Marchito miró aviesamente a Kerrigan. Dijo al cabo de un instante:

—Creo que convendrá oír cuanto antes a Atilano, señor inspector. Daré aviso a las patrullas. Me gustaría que usted viese conmigo a Slim O'Grady.

En la caseta, fue ahora Kelly el que se arrodilló, mientras Marchitto escuchaba al forense.

—O'Grady no era ningún enclenque —comentó Kelly— y Sin embargo, fíjese, sargento. No le han desfigurado, y conserva intacta la piel de sus dactilares. Pero tiene algo en común con el cuerpo del otro.

—Con un golpe sobraba, y le dieron varios. Algo de ensañamiento.

—Y de arte, si me es permitida la expresión. O'Grady no era manco ni confiado. ¿Por qué se dejó golpear y de frente? La postura lo indica.

—Podía conocer al que lo mató. Podía ser un amigo suyo. Creo que hablar con Ed Atilano resultará muy instructivo. ¿Usted conoce bien a Ed, no, señor?

—Mucho. Usted seguramente opina que alguien pagó a Ed, que me consta que por una cantidad decente no le haría ascos a matar a un matón.

—Ed trabajo para Harold Michael.

—Pero si le pagasen bien, no le haría tampoco ascos a traicionar. Creo que, en efecto, tiene usted razón, sargento. Conviene, cuanto antes, sostener una conversación con Ed Atilano.

CAPÍTULO VI

—Cuidado, Ed, que te veo venir. ¿Vamos a arreglar las cosas a piñazo limpio en la cresta del menos gallo? Si pierdes, te saco el recibo, y si ganas...

Ed Atilano entró en acción. Con una finta rápida, avanzando abierta la zurda.

Joey Martyn cabeceó como un toro buscando carne sólida, a la vez que retrocedía colgantes los brazos.

Hubo un imponderable que hizo fracasar los cálculos de Atilano.

Uno de los barriles contenía jabón líquido, y había un escape en sus arqueadas tablas.

Atilano colocó debidamente el impulso de su peso en el bien dirigido gancho al estómago, preludio del izquierdazo demoledor.

Pero la suela de su zapato penetró en la pequeña zona del entarimado donde se habían estancado las gotas del jabón.

Perdió el equilibrio, aunque su zurda chocó con redoblada fuerza contra el pómulo de Martyn. Y éste, que había tomado también la justa distancia para estampar su doble puñetazo, se encontró con un rostro que venía a chocar contra su puño cerrado.

Fue un K.O., imprevisto.

Cayó Martyn de lado, completamente nublada la visión, detenido un instante por el puño, se enderezó, para desplomarse con mayor estrépito.

Quedó tumbado sobre un rollo de soga gruesa, mientras Martyn, *groggy*, daba vueltas por el suelo para esquivar las patadas del que suponía en pie.

Le dolía la mano izquierda, uno de cuyos nudillos estaba agrietado, al igual que la ceja derecha de Atilano.

El pómulo de Martyn sangrando, hinchándose, le causaba menos

molestia que su mano zurda. Consiguió ponerse en pie, tambaleándose.

Vio alguien salir corriendo. Le pareció, en la confusa neblina de su cerebro, que no era propio de Atilano salir huyendo.

Ignoraba que era un cliente accidental el que a toda prisa fue a avisar al primer policía que halló de ronda.

Y Martyn, al ser invitado por un robusto agente a estarse quieto, obedeció, porque estaba ya suficientemente despejado.

Para Ed Atilano era aquél un día de mala suerte. Porque empezó a recuperar el sentido cuando el agente le ayudaba a ponerse en pie.

Quiso pegar, pero el policía esgrimía la porra con autoridad y veloz persuasión. Dejó de usarla, al volver a desplomarse Atilano. Empleó entonces el silbato.

Martyn, sosteniéndose la zurda con delicadeza, imprecaba entre dientes porque la trepidación de la furgoneta le repercutía en el pómulo y en los nudillos despellejados.

En una sala, un practicante le examinó las dos lesiones, mientras otro colega atendía a Atilano.

De nuevo empujado, ardiéndole los dos puntos de sutura en el pómulo, pero dormida la zurda en el vendaje de yeso y alambre, pasó Martyn ante un alto mostrador.

El sargento de guardia inquirió benévolo:

—¿Le pasó ya el mal genio, ciudadano?

A su lado, un agente se inclinó susurrando:

—El otro es Ed Atilano.

—¡Reconcho, qué amable! Lo andaban buscando y viene en persona... Llévense a ése a la celda anexa a la que van a trasladar a Atilano. Les interrogará el inspector Kelly, que dio la orden circular de retención.

Ed Atilano se mesaba la cabeza con vigor. Latía como un enorme corazón la parte derecha de su perfil, donde un apósito cubría cinco puntos de sutura.

Latían con menos palpitaciones las diversas rojeces surgidas bajo la porra de caucho. Ya iba viéndolo todo más claro.

Estaba entre rejas. Al lado, un cantor invisible vociferaba un refrán completamente idiota.

Pero que súbitamente despejó por completo a Atilano. El refrán

no era estúpido ni mucho menos. Su vecino berreaba a todo pulmón:

«Fue por ella, fue por Gina, la fascinante Gina.

»Fue por ella, por quien nos zumbamos...»

El resto del refrán se ahogó bajo un vozarrón autoritario:

—¡Silencio, usted! ¡Cierre la bocaza, usted! ¡O le meto un chorro de agua!

Martyn calló. Ed Atilano reconoció que aun siendo su enemigo, con cuenta pendiente, el californiano le daba una prueba de que no quería delatar su negocio protector.

Oyendo hurgar en el cerrojo de su cancela, miró. Le parecieron de demasiada categoría aquellos dos visitantes, por una simple pelea.

El inspector Kelly y «El Felpa» no iban a molestarse por una simple pelea.

Ed Atilano gimió, dispuesto a ampararse en la defensa de un reciente y doble fuera de combate.

Estaba clara la cosa. Le visitaban porque ya habían tropezado con el muerto. Y como era lógico, venían a interrogar al lugarteniente del cadáver.

—No te hagas ahora el comatoso, Ed —aconsejó la muy desagradable voz del sargento Marchitto—. El inspector Kelly desea preguntarte algunas cosas. Estoy convencido de que no agravarás tu caso haciéndole perder el tiempo al inspector.

—Puedes continuar sentado, Ed —dijo Kelly paternalmente—. Pero volverás a la enfermería si abusas de mi amistad.

—Hombre... Yo a usted... Bueno, adelante.

—Sabes que te considero un indecente granuja, pero en cierto modo, nunca me has sido repulsivo. Eres hijo del ambiente en que creciste. Como yo... Los dos hemos comido nuestras primeras sopas calientes en el puerto. Anda, habla bien, y no nos hagas perder el tiempo, Ed.

Palpándose la nuca, Atilano habló con lentitud:

—No estuvo bien lo que pasó, pero otro habría hecho lo mismo, digo yo. Entré para charlar con Eva un poco, y de pronto me salió el

maldito californiano...

Se incorporó a medias, impulsivamente, porque Marchitto acababa de darle un manotazo de revés. En el perfil sin magullar. Pero le encendió la sangre, al redoblarle las palpitaciones.

—No te vayas por las ramas, Ed. Sabes perfectamente que el inspector no iba a tener el disgusto de verte, ni yo tampoco, por un par de puñetazos de más o de menos. Presta atención y me evitarás tener que intervenir.

—Siéntate, Ed. Se trata de tu patrón. Voy a ayudarte. Nos interesa saber la hora exacta en que estuviste hablándole hoy.

—Serían las doce y media, inspector. Me envió a un recado que me tuvo atareado hasta las tres y pico. Le telefoneé y me dijo que le esperase con el coche en el puente Queens. Me dio entonces otra orden.

—¿Cuál? Vamos...

—Que citase para después de las siete al señor Brizzi. Y ahora, por culpa de un pelanas matón, pues aquí estoy. Y con dolor de cabeza.

Con la diestra asió Kelly por los cabellos a Atilano, obligándole a mantener en alto el rostro. Habló en tono persuasivo:

—Entonces, puedo confiar plenamente en tu versión de que a las tres estabas telefoneando a Michael.

—Exacto.

—Y que Michael te contestó citándote a las siete.

¿Puedo confiar plenamente en que me dices la verdad, Ed?

—Es la pura y cochina verdad, inspector.

Los risueños ojos de Kelly se hicieron penetrantes. No soltó los cabellos del interrogado. Su entonación fue aún más amable.

—Siendo tú el guardaespaldas personal de Michael, ¿por qué le dejaste solo desde el mediodía hasta ahora?

—El que manda, manda.

—¿Cuál era el recado que te encomendó tu patrón al mediodía?

—Buscar a un privado de Brooklyn, un tal Kerrigan y que le contratase en un sitio donde no nos viesen juntos. Cerca de las tres, pude hablarle a Kerrigan en la plataforma de un bus. Aceptó hablar con el patrón a las siete en el puente de Queens.

—Teniéndote a ti, ¿para qué quería Michael a un detective musculoso?

—El patrón, cosa rara, estaba como asustado. Me dijo que el peligro que le acechaba lo podía tal vez salvar, con un tipo inteligente y de agallas, como, según él, lo era el tal Kerrigan.

—¿De qué peligro se trataba?

—Que me registren. Era la primera vez que el patrón no me decía por dónde podían venir los estampidos. Hablo la pura y cochina verdad.

Norman Kelly soltó los cabellos. Comentó:

—Abre bien los oídos, Ed. Vamos a suponer que Michael está muerto y de mala manera.

—¡Caray...! Eso de suponer así, como así... Bueno, adelante.

—No pongas esta cara de asombro estúpido, farsante. Vamos también a suponer que tú viste el cadáver de Slim O'Grady.

—¿Hay epidemia o qué?

—Otro chiste, Ed, y te parto yo la boca. Ves el cadáver de Slim y te entra miedo. Cabe suponer que estuviste buscándote coartadas.

—¡Ni hablar! Yo, de verdad que...

—Medita con calma. Los que andáis metidos en faenas sucias, tropezáis. Puedes recobrar el equilibrio, si cuando yo vuelva a hablar contigo has meditado y demuestras mejor memoria.

Kelly salió seguido por el ceñudo Marchitto. Cerca del rastrillo de salida, en voz baja ordenó:

—Que coloquen juntos a Ed y al californiano. En celda con acústicos. Ya oyó lo que dijo el celador. El californiano cantaba dándole a Ed una explicación razonable por la pelea.

—Sí, señor.

—Es extraño que Michael, al que no tengo por cobarde ni mucho menos, tuviera miedo.

—Puede ser un cuento de Ed. Miente más que habla el muy verraco. ¿Quiere que lo interroge a solas, señor?

—No. De momento conviene tener a un agente a la escucha de lo que hablen entre sí Ed y el californiano. No me gusta nada Joey Martyn.

Joey Martyn se puso en pie al entrar el sargento Marchitto que le colocó el tieso índice en el pecho.

—El inspector Kelly os va a interrogar a los dos juntos. A ti y a Ed Atilano. Te prevengo que si no dais las respuestas adecuadas, seré yo el que os interrogará y con muy malos modales. Camina.

Joey Martyn caminó.

Cuando a sus espaldas el celador cerró la puerta de la celda, Martyn permaneció unos instantes alerta. Por fin dijo:

—Echas fuego por el ojo sano. Ed. Pero apaga la llamarada, porque no estamos en condiciones de seguir la gresca.

Atilano contemplaba la zurda vendada y el pómulo parcheado. Dejó de resollar. Miraba extrañado el constante guiño que le dedicaba Martyn al continuar diciendo:

—Hemos sido dos capullos. Y de lirio. Hay cosas que no se arreglan a castañazos, hombre. Ella es la que ha de decidir cuál de nosotros dos es el más machote. ¿Está claro?

—Sí y no.

—Lo que no trago es que me metan a mí en potajes ajenos.

El rostro insolente seguía guiñando.

Ed Atilano empezó a creer que estaba ante un prestidigitador.

La mano válida de Martyn mostraba dos agradables objetos: una automática, pequeña, chata, y una matraca portuaria.

—Parece que tú andas metido en una salsa fuerte. Y de carambola me estás complicando. Esto hay que arreglarlo, ¿no?

Martyn ya no guiñaba. Miraba elocuentemente las dos armas.

—Va a venir el inspector Kelly a convencerte de que hables como es debido. A veces pagan justos por pecadores. Yo soy justo.

—Resulta que dicen que se han cargado a mi patrón —gruñó Atilano.

—¡Muchacho! Vas aviado. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y pico.

—Pues no cumples el resto del pico si sigues así.

Aproximándose, Martyn tendió la diestra. Presentaba la matraca. Susurró:

—¿Te juegas el bigote?

En voz alta, afirmó:

—Voy a llamar al guindilla. Quiero que todo se ponga en claro.

Volvió a susurrar:

—Aquí dentro no podrás demostrar que eres inocente.

Atilano se acercó a la reja. Se reclinó como un hombre agotado. A su lado musitó Martyn:

—El que abre, uno. El que vigila el rastrillo, dos. Vendrán los dos, si creen que estamos peleando. Después, todo sería coser y

cantar.

Ed Atilano y Joey Martyn demostraron la potencia de sus pulmones y lo selecto de su vocabulario.

CAPÍTULO VII

Dudley Kerrigan tocó el timbre de su propio domicilio. Le abrió Flora Brizzi.

—Empezaba a sentirme muy inquieta.

Entró Kerrigan y cerró. Inquirió ella:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada y mucho. Más de una hora entre policías, me ha permitido oír frases muy instructivas. Oiga, preciosa, ¿qué se proponía usted al sumergirme en este caldo infernal?

—Ignoro por qué me habla así.

—Le hablo así, en primer lugar porque soy un caballero bien educado.

—No me suena así.

—Otro estaría echando las muelas aparte de palabrotas de calibre grueso. Me envía usted a llamarle infame al sátiro que a las dos de la tarde quiso jugar al lobo feroz. No se cura usted la herida, sino que viene recto aquí.

—Ya le expliqué...

—Hablo yo, por favor. La herida sangró, y lo extraño es que su ropa está intacta. Pero lo que rebasa mis entendederas es que al entrar yo en la guarida del lobo feroz me encontré con docenas de policías.

Pestañeando, repitió ella:

—¿Policías?

—Sí, esos amables funcionarios que acuden como moscas cuando hay un cadáver.

—¿Ha... Ha muerto Michael?

—Escuche, preciosa. Me he callado su visita, su petición y su historieta. No he aludido para nada a usted. Ahora bien, si continúa

confundiéndome con un tragabolas, le comunicaré al inspector Kelly las contradicciones en que anda usted hasta el cuello.

—Yo le..., le he dicho toda la verdad.

—Entonces, vamos a comer perdices. Sí, el cuento se ha acabado, y todos felices. La acompaño a que declare ante el inspector Kelly.

Llamaban a la puerta.

Kerrigan señaló silenciosamente una sala, a la que pasó Flora Brizzi.

Tras cerrar, fue Kerrigan a comprobar quién era el visitante. Abrió.

—¿No quedé en regla, inspector?

Norman Kelly permaneció en el umbral.

—¿Está usted a solas?

—No del todo. La discreción varonil, ¿comprende?

—Me había parecido oír una voz femenina. Disculpe, pero seré breve. Además de la oferta verbal de Atilano, recibió usted seguramente una llamada telefónica de Harold Michael.

—No. Ignoraba la existencia de Michael hasta que me abordó Atilano.

—Le haré un ruego, Kerrigan.

—De antemano, aceptado.

—Comuníqueme cualquier noticia que reciba de Michael.

—Pero... salvo error u omisión, oí decir que habían encontrado su cadáver.

—Encontramos un cuerpo con ropa y objetos de Michael, pero no era Michael. El cuerpo es el de un periodista llamado Melvin H. Cramer.

—¡Vaya complicación...!

—Cierto. Si recibe cualquier noticia de Michael, debe considerarse obligado a comunicármelo de inmediato.

—Sin falta.

Mirando hacia el interior, añadió Kelly sonriente:

—Buena suerte, varón discreto.

Cerró Kerrigan la puerta. Aguardó unos instantes. Colocó el doble pestillo interior.

En la salita donde esperaba Flora Brizzi, anunció:

—Le concedo otra oportunidad, Flora. Eh torno a Harold

Michael hay ahora dos muertos. Uno es periodista. El cuarto poder, ¿se da cuenta? La cosa se pone peliaguda. La Prensa iniciará una ataque bestial. Y a mí no me pillan de por medio, ni desprevenido. O sea, que procure hablarme con toda claridad.

—Antes de saber si puedo hablarle claro, Kerrigan, tendría que consultar con mi padre.

—Ahí tiene un teléfono. Pero pueden tener intervenidos los aparatos de la familia Brizzi. Antes de decidirse, dígame si oyó hablar de Melvin H. Cramer.

—Mi padre y Michael lo aborrecen profundamente.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Anoche, el «Herald» traía un reportaje escandaloso firmado por Cramer. Mi padre comentó que podría tratarse de una maniobra de chantaje por parte de Cramer. El artículo era duro.

—Todo lo relacionado con el puerto es duro, dijo usted misma. Fíjese si será verdad, que el cuerpo con la ropa de Michael resulta que es el legítimo cadáver del periodista Melvin H. Cramer.

Palideció ella intensamente. Agregó Kerrigan:

—Resulta también superfluo señalarle que el terreno se ha puesto más que fangoso. Después de escribir un artículo contra Michael y Brizzi, un periodista es asesinado.

—Creo que es urgente que usted y yo hablemos con mi padre.

—Eso es. Pero antes, aguarde aquí, hasta que consiga un ejemplar del «Herald» de anoche. Tengo que saber las aguas por las cuales nado. Hasta ahora lo único que sabía del puerto de Nueva York es que servía para ancladero de buques. De todo calado.

Diez minutos después, de regreso, leía Kerrigan el artículo que llevaba la firma Melvin H. Cramer. Y un título realmente «escandaloso».

¿HASTA CUANDO MANDARAN LAS PANDILLAS EN EL PUERTO MAYOR DEL MUNDO?

«125 000 millones anuales es una cifra astronómica. Es también el beneficio que deja la rapiña en el puerto de Nueva York a los pandilleros.

»Ya es hora de que la Comisión de Investigación

Federal se ocupe del cínico gangsterismo que impera en algunos sectores del puerto. En este reportaje, primero de una serie, anticipo que poseo datos demostrativos de que sobre la cifra que anualmente representa el tráfico del puerto, un cinco por ciento como mínimo pasa al bolsillo de los jefes pandilleros.

»Estas bandas de ladrones de puerto operan en una escala de tal envergadura y con tanta audacia, que han colocado en mala postura hasta al propio Ejército.

»Pruebas. El Ejército instaló una base de suministros en los hangares de Jersey Clearment Terminal, en el año 1962. Los robos se multiplicaron de tal manera, que la base fue abandonada. Consta en los archivos federales.

»Estas pandillas de piratas modernos son las que controlan la recluta de los descargadores y estibadores. Obligan a éstos a pronunciarse en huelga, cuando se anuncian refuerzos de vigilancia en algún sector del puerto.

»La mejor recomendación para encontrar trabajo en los muelles resulta, pues, la de poseer antecedentes penales. Aludo a ciertos sectores, naturalmente. No en todos reina la podredumbre.

»En los sectores que menciono, los patronos, según la jerga portuense, son gente aparentemente honorable. Disponen de un reclutador, casi siempre escogido por su tenebroso historial.

»Se han hecho algunas investigaciones. La compañía de descarga Jarnet tuvo que reconocer que paga anualmente unos sesenta mil dólares en concepto de protección contra robo al patrón del sector de Richmond.

»¿Por qué no prosiguió esta investigación? ¿De nuevo se ha infiltrado el soborno en nuestra policía portuaria? En este primer reportaje no aludiré a cierto

jefe policial, cuya fama de inexorable tiene muchos fallos por lo que se refiere a los sucios asuntos de los muelles.

Tampoco aludiré a los patronos del sector sur y este, que gozarán de mi especial atención en el segundo reportaje.

»En cambio, sí aludo a los honrados dockers que al verse obligados a robar, han pretendido rebelarse. Desaparecieron. Cada año desaparecen muchos de ellos. Algunos son extraídos a flote tras larga permanencia en las aguas del Hudson.

»Hago patente mi asombro por la inmunidad con la cual siguen funcionando las pandillas en tres sectores. El de Murkead, regido por Harry Bowen, disfruta de una fama especial. Hay docker que pretende que Harry Bowen es honrado a carta cabal. Que ha dragado de toda suciedad su sector.

»Estudiaré el caso particular del honrado Bowen cuando posea más documentación. Soy cándido y estoy dispuesto a creer en la honradez por lo menos de un dirigente portuario.

»Hoy solamente aludiré a tres verdades que puedo demostrar. La primera es mi convicción de que los feudos de los sectores de Jersey y Richmond solamente pueden continuar en la impunidad por una aplastante razón: La fuerte ayuda de alguien cuya personalidad me propongo desenmascarar. Alguien que teniendo por misión impedir el delito, lo protege.

»¿Por qué existe un odio a muerte entre los tres barones de horca y cuchillo de los feudos de Murkead, Richmond y Jersey? Esos tres caballeros llevan una vida privada intachable. Buenos padres de familia, se hacen retratar acariciando perritos y regando flores.

»Que sean de origen siciliano, irlandés o cheyenne,

no viene al caso. Aún así, uno de los tres puede resultar honrado y digno de la ciudadanía yanqui. Pero ¿por qué se odian tan cordialmente?

»Debe ser por el botín. Repartir entre tres lo que podría engrosar la parte de dos, o triplicaría la parte de uno es el quid de la guerra secreta iniciada entre ellos tres.

»Mi más ferviente anhelo es que sea yo citado ante un tribunal, por aquel de esos tres barones de las pandillas que se sienta injustamente calumniado.

»Pero tengo que abandonar esta esperanza. Los sucios negocios de estas pandillas son tan tortuosos, que la actitud limpia, la respuesta cara a cara, ante testigos, es una ilusión.

Melvin H. Cramer.»

CAPÍTULO VIII

Al irrumpir agresivamente los dos celadores atraídos por el alboroto, Ed Atilano se desquitó.

Su doble matracazo fue insuperable. En velocidad y precisión. No aguardó a comprobar los resultados. Pisaba ya los tacones del que recogiendo del cerrojo el llavero, llegaba al rastrillo.

Resoplando, los dos aspirantes a fugitivos miraron la escalera que ascendía en espiral.

—Por ahí, ni hablar —gruñó Atilano—. Lleva al mismo infierno. Sólo que hacia arriba. Están todos los gandules de guardia. Dormitando.

Joey Martyn corrió hacia el pasillo lateral. Un letrero indicaba que era la salida en caso de incendio. Conducía también a garajes y al patio posterior.

Martyn penetró en lo que semejaba un establo. Una camioneta enfocaba su radiador hacia la calle.

Apremió Atilano:

—Con esta facha, a pie nos cazan. ¡Al cacharro!

El traqueteo les crispaba a los dos, pero Atilano conducía al máximo y por las calles de menos tráfico.

—¿Tienes escondrijo donde estar los dos a cubierto hasta que amaine, California?

—Dale mecha hasta Staten. Dejaremos este trasto en el cruce de Lenox. Conozco un lugar donde podremos descansar unos días, hasta que escampe la tormenta.

En el cruce de las dos carreteras abandonaron la camioneta. Al extremo occidental de Richmond, Staten tenía una zona de solares con aislados grupos de barracones.

En la ladera dando a uno de los ramales del Hudson, Martyn,

que iba en cabeza a paso ligero, entró en un barracón que carecía de puerta.

Crujían las tablas del suelo. Los peldaños que conducían a un desván tenían una peligrosa elasticidad.

En el desván, una mesa y dos bancos servían de tensores a telarañas, bajo las cuales gimoteaban furiosas las ratas sorprendidas en su hogar.

Atilano, a manotazos y patadas, despejó el cortinaje tejido por las arañas y ahuyentó a los roedores.

Sentándose en un banco frente a la mesa, miró al que se había instalado en el otro. Y dijo reflexivamente:

—Me estás resultando un pájaro sospechoso, tú, California.

Joey Martyn aplicó un fósforo al cabo de vela hincado en el gollete de un frasco vacío.

—Lo mismo podía pensar el inspector Kelly. Por eso me largué.

—Vamos a ver si veo claro... ¿Cómo se explica que pudiste sacar una matraca y una pistola, si nos cachearon?

—Hay un sitio que no me cachearon. La entrepierna.

—Ajá. Buen tapujo. Y yo que creí que eras un ceporro... O un becerro.

—Los cumplidos, luego, animal de bellota. Ahora pensemos en el ajo. Porque, mal me pese, ahora estamos los dos en el mismo fajo de ajo.

—Cara... pe. No falla. Ahora, nos van a cargar a ti o a mí la muerte del bestia de Slim y la del patrón. Porque es impepinable; el que huye, reconoce que está pringado.

—Entonces, ¿por qué huiste, borrico?

—Porque vi que el salvaje de Marchitto me iba a encasquetar los muertos. A falta de otro mejor, me tenía a mí a mano. Entonces te vienes tú picándome el ojo... Y me has fastidiado, hombre.

—¿Por qué, pedazo de ingrato? —rió Martyn.

—Me partes una ceja, me complicas la vida llevándome entre rejas, y luego para redondear la faena, me pones frenético con tus guiños... ¡Me has jorobado! ¿Cómo demonios demuestras ahora que no tengo nada que ver con las palmatorias del patrón y de Slim?

Acariciándose la mano vendada, replicó Martyn:

—No cabe la menor duda que ahora te cuelgan los dos fiambres.

—O a ti, sabihondo.

—Razón de más para que nos pongamos de acuerdo. Alianza temporal, ya que me has convencido de que no mataste a Slim ni al periodista.

—¿A qué periodista? Escucha, después de todas estas carrerillas, porque desde que te conozco no hago más que correr, encajar y sudar... Bueno, el caso es que me duele mucho la cabeza. O sea que había dos difuntos y ahora me sacas a un tercero.

—No han matado a tu patrón, sino a un periodista llamado Melvin H. Cramer.

—¡Melvin H. Cramer? ¡Ay, Cristo! Pero si éste es el chupatintas que anoche pegó el cañonazo padre...! Oye, tú me estás resultando un pájaro sospechoso.

—¿Por qué, honorable Ed?

—Sacas de pronto pistola y matraca, me traes aquí, te sabes quién se murió y quién no se murió, y a lo mejor hasta sabes quién hizo la faena... ¿Trabajas para Brizzi?

—No.

—¿Para Bowen?

—Vayamos por partes, tarugo. Yo te esperé en la tienda para rogarte terminases con el asqueroso negocio que te traes con los dos viejos.

—Si los dos palominos se dejaban desplumar, ¿qué iba yo a hacer? ¡Y al cuerno con los dos carcamales tontolines! Vamos al asunto.

—Venga.

—A estas horas tenemos a toda la policía buscándonos. Y tú eres el que me ha metido en la jarana.

—Esta tarde, el mismo personaje que me ha facilitado la fuga, me informó también que el muerto no era Michael, sino el periodista que visitó a Michael. Y este personaje recibió una nota muy extraña.

Ceñuda, Atilano procuraba asimilar lo que escuchaba.

—La nota contiene solamente seis palabras. Y si las aclaramos entre tu y yo, todo se arreglará. Yo no llevaba pistola ni matraca cuando nos cachearon. Me las dieron luego. Tú y yo, ahora, podemos resolver este asunto. Estando en chirona, tú cuando menos hubieras ido al banquillo.

—Ya... Vaya, que me has salvado la piel, ¡porras! Y apenas salga

de este sucio agujero, no es al banquillo donde me llevarán, sino a la caja de los calambres.

—Hay un policía interesado en que alguien pague por las muertes de Slim y del periodista. Y tú eras el escogido.

—Estás tú muy enterado.

—Porque puedo. La nota afirmaba que el asesino de Slim y Cramer es un polizone. Pero no citaba su identidad. Hemos de averiguarlo.

—¿Sí, eh? Lo que voy a averiguar apenas pueda es el color que tiene el cielo del Canadá.

—Yo creía que estabas enamorado como un tórtolo de Eva.

—Para arrullos estoy yo ahora. Tú eres un sabihondo...

—Y voy a demostrártelo. A ti no se te puede acusar de ningún crimen, ya que hasta hoy sólo has sido un matón chapucero de muelles. Pero hay quien le puede sacar a Harold Michael una confesión. Un escrito denunciándote a ti como asesino del periodista y de Slim.

—¡Sería una guarrada canallesca! —exclamó Atilano, indignado.

—¿Por qué no te dijo a ti Michael nada acerca del miedo que experimentaba desde hace unos tres días?

—Sí que me dijo... Me dijo que si estiraba la pata en forma violenta, entonces yo debería... Bueno, nada. Me está doliendo el coco.

—Al grano, Ed. Me llamo Joey Martyn, californiano, y he trabajado en diversos puertos. Pero pertenezco al Servicio Federal de Investigaciones.

—¡Ajá! No me falló la pupila. Ya decía yo que tú no eras trigo limpio. Si me los huelo yo de lejos a los sabuesos..., por mejor que se disfracen... Un momento, un momento; si eras de la secreta federal, ¿por qué demonios no saliste normalmente de la celda?

—Porque el que mató es un policía, querido. Y me interesa que te considere a ti una presa sabrosa, y a mí, tu compinche. Verás cómo esta noche los periódicos sugieren que tú y yo somos los autores de la matanza. Pero esto es precisamente lo que yo quería. Y me diste la ocasión en la tienda al ponerte agresivo, camorrista y matón.

—¿Sí, eh? Como que lo que llevo en la jeta, me lo hice jugando a la gallinita ciega. Oye, eres un cínico espantoso, tú.

—Dijiste antes que Michael te reveló que si le mataban...

Ed Atilano se adosó contra el tabique, que crujió ruidosamente. Volvió a apoyarse en la mesa.

—A mí no me joroban endosándome lo que no hice. Voy a desembuchar. Pero ahora lo que tengo es sed y hambre.

—¿De justicia?

—De gazuza, ¡potra!

—Todo está previsto por el mando. Aquello es un cofre. Dentro hay pitanza de la fina.

A los pocos instantes, Atilano alineaba sobre la mesa latas de fiambre, embutidos y frascos de cerveza. Rió satisfecho:

—Eres un fulano listo. Hasta pensaste en la rejilla contra ratas. Y yo que me creía que lampabas por Eva...

—Me gusta un rato, pero soy casado. Yo iba por la tienda, porque me pensé al principio que Gaskell y Hamilton eran de tu pandilla.

—¡Ay, que me troncho! —rió jubiloso Atilano, entre bocados y tragos—. ¿De mi panda los dos patitos? Pero, hombre, si me tienen un «canguelo» bárbaro... ¡Ey, ey, un momento!

Y repentinamente serio, dejó de masticar, gruñendo:

—Ya me olvidaba que eres un poli.

—No te inquietes, Ed. No era chantaje, puesto que te agenciaste un recibo legal. Claro que si repites la faena, pagarás doble. Te alegra saber que estás con un federal que cree en tu inocencia por lo que se refiere a Slim y al periodista. Sigue alegre, querido.

—Te juro que apenas arregles tú el lío, me las piro. Esto me sirve de aviso. Cae un ladrillo y no buscan al dueño de la casa, sino al que tiene la fama de rompen techos. Yo. ¡No hay derecho, hombre!

—No te apiades de ti mismo. ¿Qué te reveló Michael?

—Palabra por palabra me dijo exactamente: «Si me matan, Ed, te las ingenias para entrar en mi panteón». Yo me ericé, porque hay cosas que deben ser sagradas. Una es la tumba ajena. Y por eso fui y le contesté: «Mire, patrón, no se ponga fúnebre y apárteme de cosas de cementerio, caray».

Hurgándose con la uña del meñique una muela, agregó Atilano:

—El patrón me dijo: «Harás lo que te mando. Te ganarás un fajo de billetes. Dentro de mi panteón. En las veinticuatro horas

siguientes al momento en que me encierren en el panteón».

Frunció Atilano la nariz como asqueado.

—Yo no quise llevarle la contraria. Empecé a pensar que se le aflojaban las tuercas del seso. Juré que Iría, porque se empeñó. Pero si no ha espichado, no tengo por qué ir, ¿verdad?

—¿Sabías que el periodista visitó a Michael este mediodía?

—Ni idea. Voy viendo. El patrón se ha cargado al chupatintas... ¡Alto! A las tres, poco antes de que yo encontrara a Slim hecho papilla, me topé con Brizzi y su asqueroso matón de Alex. Venían de casa del patrón.

—Ni Brizzi ni Michael iban a ser tan cretinos como para señalarse tan claramente con la muerte del periodista que los estaba atacando. El asesino es un policía, Ed.

—Estupendo, caray. Agárralo pronto por el pescuezo al condenado. ¿Dónde iríamos a parar si la poli se mete a invadir gremios ajenos?

Y confortado por vez primera en la compañía de un policía de la muy secreta, se tendió Atilano en el banco. Preguntó:

—¿De verdad de la buena no eres soltero? ¿Y no pretendes hacerle la rosca a Eva?

—Así es. Me sobra con mi mujer. Ahora descansemos de las fatiguitas de la jornada. Por la noche iré por la Prensa. Leeremos cómo cuentan nuestra fuga.

—Ya que tenías previsto este buen escondrijo, también pudiste pensar en algo más blando para encajarlos huesos.

—Lo que no mata endurece y fortifica, compinche.

Tendióse Martyn en su banco. Reflexionaba en el extraño testamento de Harold Michael emitido verbalmente a su hombre de confianza, Ed Atilano.

CAPÍTULO IX

En el Precinto de Richmond, el sargento John Marchitto salió con el inspector Kelly del despacho donde quedaban reunidos sus superiores. Pasó al suyo. Apuró consecutivamente tres vasos de agua helada.

—No debe tomarlo tan a la tremenda, sargento. Somos tan responsables el uno como el otro, es decir, en nada, de la fuga de esos dos idiotas. Con su fuga han empeorado su situación.

—Usted lo ve así, inspector, porque pertenece al Precinto de Jersey. Las alusiones del jefe no iban dirigidas contra usted.

—El reportaje de Cramer no señala a nadie en particular. Como siempre, se alude únicamente a un funcionario sobornado.

John Marchitto se golpeó el pecho con el puño crispado.

—Yo fui guardián de muelle. Yo me saludaba con Brizzi y con Michael. Yo soy el que está en el candelero.

—No sea quisquilloso, Marchitto. También yo me saludo con Brizzi y con Michael.

—Mataron a Slim de un modo especial, así como al periodista, a golpes muy científicos o muy brutales, Ya conoce mi apodo.

—Está usted acalorado por lo que acabamos de oír. No le han acusado ni siquiera han insinuado nada contra su honorabilidad, Marchitto.

—El jefe recalcó que el periodista muerto seguía la pista de un policía con graduación. Claro que, con su fuga, Ed Atilano agravó su caso.

—Eso es. Dedique sus esfuerzos a capturar a los dos fugitivos. No pueden salir del Estado.

—Hay algo que me desconcierta, inspector. Parece deducirse que Michael ordenó a Atilano que matase al periodista y le vistiera con

sus ropas. ¿Por qué? De todos modos, íbamos a descubrir que no era Michael... Y si Atilano o Michael mataron al periodista, ¿por qué mataron a Slim?

Norman Kelly sonrió. Sólo labialmente. Sus ojos brillaban metálicos.

—Hay otra teoría más sólida, sargento. Michael temía ser asesinado. Alguien va a matarlo, pero para llegar hasta Michael tenía primero que eliminar a Slim O'Grady. Luego, ataca por la espalda al que cree que es Michael. Y mata al periodista.

Marchitto iba cabeceando, pensativo.

—Mata al periodista, por error. Se va. Michael viste al periodista con sus ropas y objetos personales. Ordena a Atilano que tire el cadáver donde fue hallado. O lo tira él mismo, y desaparece.

—Si así fuera, ¿por qué no denuncia Michael al asesino? Tuvo que verlo.

—Si lo vio, denunciarlo equivaldría a denunciarse a sí mismo, porque el asesino puede ser alguien que conozca muchos secretos de Michael.

—Michael, si para salvarse tenía que matar, no vacilaría en hacerlo.

—Depende de la clase de enemigo que tenga. Puede ser que hasta hace poco lo considerase un amigo... Le advierto que sigo en el terreno de las hipótesis.

—Pero ¿qué consigue Michael con este truco de pretender que tomáramos por suyo el cadáver del periodista?

—Encontremos a Michael y lo sabremos. Encuentre a Atilano, y habrá dado un paso adelante. Hay algo que es indiscutible y nos consta, sargento. A todo asesino le llega su hora.

Al quedarse solo, John Marchitto, sentándose, se pasó la mano rabiosamente por la sudorosa cara.

—Este reportaje señala a cuatro personas como posibles inductoras o autoras de la muerte del periodista —dijo Kerrigan a Flora Brizzi—. No se citan los nombres, pero los conocemos.

—Harry Bowen, Harold Michael y mi padre.

—Otra más. Se alude a un funcionario de policía sobornado. Lo cierto es que escogió usted un mal día para ir a visitar a Michael.

—No le visité.

Flora Brizzi aplastó su tercer cigarrillo.

—Me decido a hablar, sin necesidad de consultar con mi padre. Precisamente lo que voy a contarle, demuestra la total inculpabilidad de mi padre. Aborrecía al periodista, pero no lo consideró peligroso. Quería que hoy mismo, Harold Michael se aviniese a unir los dos sectores. Con ello, terminaría una rivalidad perjudicial para los beneficios de ambos. Y mi padre... me prometió una cantidad importante..., si yo lograba comprometer a Michael... Sabía que Michael sentía cierta pasión por mí.

—No se ponga nerviosa. Soy mayor de edad, ¿sabe?

—El plan era el siguiente. Como Michael me había citado a las dos, yo debía llegar a las dos y media. Entrar, para salir al poco rato, corriendo y alborotando, con desgarrones en mi vestido. Tenía que conseguirme dos testigos, pero rogando se callasen, hasta saber la reacción de Michael.

—¿Por qué me eligió a mí para este papelito?

—El reclutador y secretario de mi padre, Alex Sampson, vio a Atilano esperando para hablar con usted. Y vino a decirme que yo consiguiese, como fuera, su testimonio. Irrefutable, al poder luego demostrar que usted y Atilano tenían tratos, ¿comprende? No iba usted a declarar en contra de Michael, si no fuese verdad.

—A las dos y media usted llegó al domicilio de Michael.

—Llamé mucho rato, y, al fin, decidí que no era necesario entrar. Eché al jardín una polvera y un guante mío. Así quedaban pruebas de que había entrado, por si Michael lo negaba.

—Magnífico. La polvera y el guante estarán en poder de la policía.

—Con ello quise dejar rastro de que salí huyendo.

—¿La herida?

—Me la hice yo misma con la lima de uñas. Taponé con un pañuelo que tiré. Imaginé que sería una prueba más en contra de Michael.

—Y ha dejado usted más huellas que el paso de una manada de cabritas. Tenemos que ver al inspector Kelly. Habrán encontrado su polvera y demás rastros.

—¿No podríamos primero ir a casa?

—Será mejor. También su papaíto tendrá que declarar.

Clemens Brizzi presentó una caja de habanos.

Denegó Kelly:

—Es visita oficial, señor Brizzi. No tengo ganas de fumar. Han matado a Slim O'Grady esta tarde. Entre dos y tres.

Respingó Brizzi, repitiendo:

—¿Entre dos y tres?

—Dictamen forense.

—A las tres estuve yo con Alex tocando el timbre en la puerta de Michael. Comprendo ahora por qué no apareció Slim a abrir. Nos fuimos. Por cierto, nos encontramos a Ed Atilano, yendo hacia la casa.

—Harold Michael no aparece por ningún lado.

—No le tengo mucho aprecio a Michael, pero descártelo como matarife de su propio perro dogo.

—Es que hay algo más. No muy lejos hemos encontrado el cadáver del periodista Melvin H. Cramer.

Clemens Brizzi dejó caer su habano.

—También el forense dictamina su muerte entre dos y tres de esta tarde. Raras coincidencias, ¿no?

Extrajo Kelly un envoltorio que colocó sobre la mesa.

—Mírelo, señor Brizzi. Es posible que conozca el contenido.

Brizzi apartó el fino papel. Miró los dos objetos femeninos.

Expuso Kelly:

—En la polvera hay un nombre: Plora. Con el guante, estaban en el jardín de Michael. Cayeron recientemente. No tienen señales de humedad ni larga permanencia en la tierra. ¿Puede acudir su hija?

—Desde las dos no la he visto. Su larga ausencia me extraña. ¿Y dice que mataron a Cramer? Es increíble... en Michael.

—No creemos que sea Michael. Pudieron matarle en casa de Michael, que no es lo mismo. Hay un leve matiz diferencial.

—Michael sabrá demostrar que sería ir contra sus propios intereses, matar a un periodista.

—Valorando así una vida humana es, en efecto, un tremendo error matar a un periodista. Pero Michael no puede argumentar, porque no se le encuentra por ningún sitio. Regresemos a esto.

Señaló Kelly el guante y la polvera. Ante el silencio de Brizzi, añadió:

—Su hija deberá explicar sus pasos entre dos y tres. Es la única hora que nos interesa poner en claro.

—No pretenderá insinuar que mi hija tenga nada que ver con las

muerdes de O'Grady ni del periodista.

—Me limito a querer saber qué hacían estos dos objetos en el jardín de Michael.

—Pudo mi hija perderlos con anterioridad. Tengo entendido que, en contra de mi voluntad, se entrevistaba con Michael.

En el umbral apareció Alex Sampson anunciando:

—Flora.

Entraron Flora Brizzi y Kerrigan. Ella miraba como fascinada la polvera y el pañuelo.

Comentó el inspector:

—Hallados en el jardín de la casa donde entre dos y tres de la tarde, mataron a un hombre y muy posiblemente al periodista Cramer, señorita Brizzi. A dicha hora ¿estuvo usted en casa de Michael?

—¡Protesto ante tal insinuación! —exclamó Brizzi.

—En ese caso, su hija tendrá que responder a un cuestionario oficial.

—Mejor será aclarar el equívoco —intervino Kerrigan—. Lo que podría ser molesto de exponer para la señorita Brizzi, yo puedo expresarlo, inspector. Estaba ella en mi piso cuando usted vino.

Explicó Kerrigan detalladamente el plan de Clemens Brizzi y la actuación de Flora Brizzi.

Preguntó Kelly:

—¿Estuvo usted en el interior de la casa, Flora? Piénselo bien antes de contestar. Sea sincera y me ahorrará tener que dar constancia en el expediente de su simulación de atentado al pudor.

—No entré para nada. Permanecí unos minutos ante la verja cerrada, y volví al coche.

—¿Por qué eligieron a Kerrigan como posible testimonio, Brizzi? Clemens Brizzi, engallándose, discursó:

—Ante la terca obstinación de Michael en no firmar la unión de los dos sectores, convenio que redundaría en beneficio de todos los trabajadores, estimé propicio inducirle a firmar mediante un ardid inocente.

—Ya. ¿Inocente, eh? Sin embargo, en el Código hay una penalidad de dos a ocho años para aquel que sea convicto de la clase de inocente ardid que usted pretendía encajarle a Michael. Dejemos esto por ahora, Brizzi. Hay que esclarecer la muerte de dos

hombres, uno de los cuales, anoche, le atacaba en su reportaje. Repito mi pregunta: ¿Por qué eligieron a Kerrigan?

—Alex, mi secretario, me comunicó que vieron a Atilano en compañía de un detective privado, conocido en Brooklyn. Este señor. Decidimos que un irlandés, con, fama de honorable y caballeroso, era el más indicado para prestarle crédito, si declaraba que un irlandés vehemente como Michael podía ser capaz de... Y además, no se le invitaba a un testimonio falso, porque... supusimos que Flora...

—¿Desagradable de exponer, verdad, Brizzi? Debió pensarlo antes. Usted supuso que su bonita hija sabría obligar a un vehemente irlandés a iniciar los primeros ataques pasionales, y del resto se encargaría ella, contando horrores. Mucho estima usted los beneficios del sector, y su duplicación, si Michael aceptaba la unión, cuando no vaciló en enviar a su propia hija.

—No había nada malo en ello —intervino Flora—. Era para conseguir que cesase la rivalidad entre los dos sectores. Le pido excusas, Kerrigan.

—Aceptadas. Bien, por mí, asunto terminado, inspector. ¿O no ha terminado?

—Aguárdeme, Kerrigan. He de hacerle una advertencia, Brizzi. Echaré en olvido este turbio manejo, pero tan pronto tenga usted noticias de Michael me las comunica al Precinto. En Michael está la clave de la muerte de Cramer. Y en cuanto a usted, señorita Brizzi...

Volvió Kelly a ser el risueño y amable policía.

—La próxima vez que intente otro ardid inocente como ése, recuerde la fábula del pastor y los lobos. ¿No la conoce? Pregúntele a su papá.

Se despidió ondeando la diestra. Y seguido por Kerrigan, en la calle, explicó:

—Cuando tenemos que remover ciertos asuntos, casi siente uno envidia del plácido oficinista. ¿Por qué elegiríamos una profesión que se basa en descubrir los peores aspectos de la humana contextura? Dejaré las filosofías baratas para otra ocasión. Supongo que se habrá ya formado una opinión acerca de este doble crimen.

—Choca un detalle. ¿Por qué quisieron hacer aparecer a Cramer como si fuera Michael? No podían ignorar, quién o quiénes así lo hicieron, que pronto se descubriría.

—Tampoco ignora usted que la mente criminal es tortuosa.

—¿Por qué un cadáver en la casa y otro en el estanque de Bayonne, si fue Michael quien mató? ¿Y por qué mataría a su propio guardián? Además, liquidar a un periodista, que le atacaba en su reportaje, era firmar su propio final.

—Esta serie de preguntas pulula en el seso de los investigadores, paisano. Añada otra: ¿Por qué huyó Atilano, si sólo se le retenía por resistirse a ser detenido tras una reyerta con un estibador?

—Otra complicación. Es evidente que huir supone reconocerse culpable de algo grave.

Norman Kelly se detuvo en el borde de la acera, asiendo el tirador de la portezuela del coche oficial.

—¿Le llevo por mi camino? Voy al Precinto.

—Iré andando hasta la próxima parada, inspector. Gracias. Y antes que se me olvide... Mataron entre las dos y las tres, ¿no?

—Esta fue la hora del asesino.

—Entonces, ¿por qué huyó Atilano? Tenía la mejor coartada. Estaba ante mis narices, desde que empecé a comer, allá por la una y media, hasta que le llevé a pasear por las Avenidas, y no podía llegar a Richmond antes de las tres.

—Indudablemente, sólo Harold Michael es el que puede explicar quién entró en su casa entre dos y tres. Pero nadie sabe dar con el paradero de Michael. Por cierto, él le envió a Atilano, considerándole a usted capaz de resolverle su problema. ¿Qué problema?

—Se sentía amenazado por un serio peligro, del que no podía defenderse.

—Sería posible que Michael intentase ponerse en contacto con usted.

Y subiendo al coche, Kelly agitó la mano, diciendo amablemente:

—Apenas vea a Michael, se ganará mi eterna gratitud, si me avisa.

—Descuide. Lo haré tan pronto lo vea, si es que lo veo.

CAPÍTULO X

Ed Atilano dormía profundamente. Se consideraba a salvo de todo peligro, puesto que un federal demostraría su plena inocencia.

Se despertó bruscamente, al sentirse sacudido por el hombro. Su modo de despertar delataba su carácter.

Saltando en pie, amagó un doble gancho. Bajó los puños, al reconocer a Joey Martyn.

—La Prensa viene interesantísima esta noche, Ed. Te hacen el honor de dedicarte varios calificativos malsonantes, y cinco líneas. Aluden a tu fuga, y sacan la conclusión impepinable.

—¿Cuál?

—Que eres culpable, puesto que te largaste.

—¿Y de ti qué dicen, talento?

—Que es posible que esté complicado en el tenebroso y enigmático asunto del plumífero vestido con la ropa de Michael, y que llevaba en la muñeca... ¿A qué no sabes qué llevaba en la muñeca?

—Soy analfabeto.

—Llevaba el reloj de tu patrón. Resulta curioso que *tu* patrón consintiera en que su reloj pasase a adornar la muñeca de un cadáver, sobre todo teniendo en cuenta que no ignoraba que los de identificación no tardarían en descubrir la suplantación. ¿Qué fin perseguía, quien fuese, con esta suplantación?

Atilano, desperezándose, se dirigió a la mesa. Mientras abría una lata de jamón, gruñó:

—Sin pan, las cosas no saben a modo. A mí que me den una buena hogaza, y como a gusto.

—El conformismo es la base de la dicha, compadre. ¿Por qué mataron a Slim O'Grady?

—No se ha perdido gran cosa. Slim era un fulano que tenía que terminar mal, forzosamente. No me extraña que lo hayan amojamado. Era un mal bicho, y no hablo mal de los ausentes, puesto que se lo dije varias veces cara a cara, cuando me aburría.

—Pareces estar pensando, Ed.

—Porque hay algo raro en todo este asunto.

—No me digas... ¿Cuándo te diste cuenta?

—Déjate de guasa. Soy ceporro, pero no tanto. A Slim le conozco... Bueno, le conocía, desde que entré al servicio de Michael. Cosa de unos diez años. El llevaba muchos ya con el patrón. Y era un verdadero escamoso.

—Se las sabía todas, ¿no?

—Exacto. Yo estoy acostumbrado a rondar por entre fulanos desconfiados. Bueno, pues Slim era de lo que no hay. De esos que para estar seguros que un árbol daba sombra, sacudía el árbol, aunque viera la sombra.

—Y te extraña que pudieran golpearle. Pudieron ser varios.

—Vi cómo se quedó. Daba asco. Y estaba claro. Le atizaron de frente. Para cascarle de frente a Slim, *solamente dos podían hacerlo: El patrón o yo. De nadie más se fiaba. Y aún de mí, poco se fiaba.*

—Supongamos, entonces, que fue Michael el que acabó con Slim.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—El patrón dice que para matar siempre sobran idiotas. El no se mojaría las manos. Y además, el patrón es inteligente. ¿Iba a dejar el fiambre a la vista?

—Puede que ahora esté asustado. Y haya perdido la claridad mental.

—Era un lince. Hasta que le entró ese extraño pánico. Yo voy a largarme lejos apenas pueda. Ahora la Prensa y la Comisión Suprema se meterán por los muelles. Se acabaron los buenos tiempos... —Y virtuosamente, rectificó Atilano—: Se acabaron los negocios ilegales.

Joey Martyn se reprochó la simpatía que experimentaba hacia Atilano, un producto amoral del ambiente en que creció.

No era el responsable de ser como era, sino el ambiente. De haber seguido en el sur de Italia, habría sido un campesino, bruto,

pero honrado.

—¿A qué ibas esta tarde a la tienda, Ed?

—Bueno, ya en el punto en que estamos, se puede hablar claro y raspado. Eres el primer fulano que me noquea al primer piñazo, y esto tiene su mérito. Aunque la cosa no la veo clara. Seguro que me largaste una puerca zancadilla. Confiésalo, tramposo.

—No estamos discutiendo cuál de los dos es más sucio, sino la razón por la cual fuiste a la tienda.

—Me puse a pensar que iba siendo tiempo de abandonar los negocios del muelle. Iba a decirles a los dos palominos que, al frente de la tienda, necesitaban a un hombre entero, a un trabajador decidido.

—¿Tú, a lo mejor?

—Yo, sí; yo. Estaba dispuesto a casarme con Eva, ya que no hay otro medio. Así ya no habría recelos entre nosotros cuatro. Formaríamos una familia bien unida. Y ellos podrían ir a pescar todo el día, y hasta por la noche, si les daba la gana.

—Eres un tío generoso. ¿Les dejabas la barca libre, no?

—Tengo que ir pensando en el porvenir.

—¿No te dejó ahorros el ser lugarteniente de Michael?

—Para ir viviendo con bastante rumbo, pero al día.

—Michael, si se muere, es posible que en su testamento te nombre legatario de algunos miles... —Y repentinamente se dio Martyn una fuerte palmada en la frente—. ¡Ya está! ¡Resuelto el enigma! ¡El panteón!

—¡Ey, ey, déjate de alusiones a cosas tétricas, caray!

—¿No te dijo Michael que si se moría, debías en las veinticuatro horas siguientes ir a su panteón?

—Sí, que lo dijo. ¿Y qué?

—¡Ya sé por qué el cadáver del periodista llevaba el reloj de Michael! Venía a ser como un mensaje para ti. Al enterarte tú de que habían pescado un muerto que parecía ser Michael, irías al panteón.

—¿Yo? Ni hablar. A mí, si me pagan bien, pueden encargarme que entre en la jaula de un tigre, y vería a ver lo qué pesa el tigre y la mala baba que tenga. Pero cementerios, nanay. Este nene no traga.

—Se lo prometiste a Michael.

—Hombre, lo hice para que se calmase. Estaba muy excitado.

—Te dije que en el panteón encontrarías un buen fajo de billetes.

—¿De qué me iban a servir? Lo menos que me pasaría es que saldría como una verdadera chiva. Yo tenía un compadre que era un jabato, un fulano que no se arrugaba así le saliera el propio diablo echando chispas. ¿Y sabes lo qué le pasó?

—No.

—Hizo una apuesta con otros dos, a que era capaz de dar dos vueltas en torno a un cementerio, a la medianoche. Dio la primera vuelta.

Bajó Atilano la voz, inquietos los ojos.

—Empezaba la segunda vuelta, cuando lanzó un berrido horrible, y batió el récord mundial de velocidad alejándose de la tapia. Cuando lo atraparon, estaba como una cabra. Un muerto le había acariciado la cara con su helada mano, pasando el brazo por entre los barrotes de la verja. Iba todo de blanco y salió de un panteón. Algo de espanto.

—Los muertos descansan en paz, Ed. No hacen daño a nadie.

—¿Sí, eh? Oriéntaselo al fulano, que todavía sigue dando brinquitos y espantando a manotazos de su cara los dedos del esqueleto.

—Pudo ser uno de los que apostaron con él, que le gastó esta broma algo pesada. No seas tarugo, Ed. Vamos a ir al cementerio donde tiene su panteón Harold Michael.

—¿Vamos a ir...? Escucha, federal; por lo que sea, estamos haciendo buenas migas, pero no hay que abusar.

—Escúchame tú. El modo de que quedes por completo libre de toda sospecha, es demostrando que no mataste.

—Prefiero que me persiga toda la bofia mundial, a tener que meterme en ninguna tumba. Y, además, ¿puedo largarme, no? ¿Vas tú a impedírmelo, pelanas?

—¿Vamos a empezar otra vez con la jarana? Vuelve a meterte la matraca en el bolsillo. ¿Quieres irte?

—Ajá.

—Pues, andando. Ya conoces el camino. Bajas la escalera, con cuidado porque pesas mucho. No hace falta que cierres la puerta, porque no la hay. Y el mundo es tuyo, gorrión.

Ed Atilano frunció el entrecejo.

—¿Me dejas que me vaya, así como así?

—Así como así.

—¿Dónde está la trampa?

—De mí no esperes ninguna trampa. Pero fíjate en un detalle. Le resolverías la papeleta al asesino, porque cuando te capturase, te soltaría un tiro y te dejaría seco. Piensa.

—Caray, ya voy pensando, ya.

—Recuerda que el asesino es un policía. Te caza a tiro limpio, y encima le darán una medalla. Comprenderás, cacho de ballenato, que tus señas se las saben ya de memoria todos los de ronda, patrulla, tráfico, esquinas y aceras.

—Bueno, tiene sentido común lo que me has advertido a tiempo. Pero no es necesario que me pasee a la luz de la luna por entre panteones. Vas tú.

—Y Michael sigue callado. Michael ha de verte a ti, porque me apuesto lo que sea, a que te espera en el panteón.

—Por mí que me espere sentado. ¡Mira también que esconderse en una residencia de muertos...!

—A estas horas, podemos llegar sin contratiempos al cementerio. ¿Cuál es?

—El irlandés de las afueras de Newark. Junto a la ribera oeste. Un sitio que ya de día resulta poco simpático, conque de noche, tú verás.

Joey Martyn sabía ser persuasivo.

—Si Michael se cree a solas contigo, hablará. Yo estaré escuchando.

—Ni hablar.

—Si tú me echas ahora una mano, luego ten presente que, aparte ser federal, tengo influencia con Gaskell y Hamilton. Les puedo garantizar que estás arrepentido, que quieres ser bueno, y Eva, en el fondo, te admira.

—¿Ah, sí? —murmuró Atilano, complacido.

—Te tiene un poco de rencor porque asustaste a los dos socios, pero si les devuelves el dinero, con el que encuentres en el panteón, yo estaría dispuesto a ayudarte. Una tienda y una esposa, y puedes ser un hombre nuevo, Ed. De vez en cuando, yo echaría un vistazo a tu comportamiento.

—Hombre, puesto así, la cosa empieza a gustarme. Eva no tendría queja. Muchas veces, viéndola, me decía yo que ella era la única que me inspiraba algo verdaderamente del género idiota. ¿Sabes qué? Comprarle delantales de esos de flores y cortinas con flequillo. En fin, memeces.

—Estas memeces son el secreto de la felicidad. Andando, Ed.

—¿Andando? A estas horas, Eva duerme.

—Andando, al panteón.

—Escucha, el cementerio de marras está en un descampado asqueroso, donde no hay bicho viviente.

—No pretenderás que vayamos acompañados por la Filarmónica.

—Si es chiste, no me hace ni pizca de gracia, caray. No tengas tanta prisa, que los golpes siempre hay que planearlos en frío. Desde aquí a Newark, para evitar a los de la «bofia»... digo, a la policía, ¿cómo nos apañamos?

—Quitándonos estos parches, somos dos caminantes anónimos.

—Bajando por Lenox llegamos a la ribera. Pasado el barrio tonelero, entramos en el descampado. Se ve ya el cementerio. Está blanco como... una mortaja.

—¿Sabes dónde está exactamente, el panteón de Michael?

—Fui un día con él y un marmolista. Era por la mañana y hacía un sol que atufaba. El panteón era bonito. Parecía un queso, redondo por arriba, sobre cuatro columnas en la entrada. Unas escaleras... y la fosa.

—Dentro, será de piedra blanca. Mármol, ¿no?

—Sí. En el centro hay como una mesa de piedra negra, con el hueco para instalar el fiambre. El marmolista tomó medida. El patrón dijo que por si se casaba, quería ocuparse del último alojamiento familiar. Hizo construir ocho nichos. Oye, esas cosas me dan dentera.

—Es absurdo que tengas miedo de espíritus, cuando has estado sobreviviendo treinta y pico de años a la peste del muelle. En orientación, ¿dónde cae el panteón?

—Al extremo de una alameda dando al sur.

—Por lo tanto, saltaremos la tapia sur. ¿Muy alta?

—Como recordaba al compadre que recibió el tortazo helado, me dije: —No sé por qué, diantres, no hacen las tapias más altas.

—Una vez dentro, si la entrada del panteón está cerrada,

toparemos con el primer inconveniente. Si como tengo la certeza, Michael te espera, no debe verte conmigo.

—Yo no entro solo. Ni hablar. No entro solo.

—Iré tras ti, pero al llegar ante la entrada procuraré que desde dentro no puedan verme. Tengo que oír lo que te dirá Michael. Y te espera un fajo de billetes. Muy tuyos.

—Escucha, si el patrón me hubiera querido revelar algo importante, ¿iba a esperar a estar muerto?

—Está vivo.

—Pero me dijo que cuando muriese...

—Porque si estuviera muerto, habría dejado en el panteón, a partir del momento en que se sintió tan extrañamente amenazado, algo revelador. Tal vez en uno de los nichos. Ahora te lo dirá de viva voz. Y quedará resuelto el asunto. Andando, Ed.

Ed Atilano suspiró.

Martyn empezó a quitarse el apósito. Comentó:

—En nuestra descripción figuran los parches. Aunque nadie supondrá que nos paseamos, sino que estamos escondidos. Y mañana, cuando todo esté solucionado y vayamos a ver a Eva, ¿qué? Piensa en Eva, solamente en Eva, y todo será más fácil.

—No puedo. Me está empezando ya a entrar el tembleque. ¿Tú sabes lo que es un cementerio de noche? Susurros, suspiros, lucecitas, castañeteo de dientes, gemidos... ¡Ea, no voy! Renuncio a Eva, renuncio a la tienda, renuncio a todo.

—Nunca pensé que fueses un monigote cobarde. Y pensar que Eva te cree un valiente cabal...

—¿Te lo dijo?

—Precisamente es el motivo por el que te mira bien. Estas damitas románticas, honestas y que no admiten bromas, tienen por ideal al hombre valiente, temerario...

Joey Martyn era muy persuasivo.

CAPÍTULO XI

—Seguimos sin la menor pista de Atilano y el estibador californiano, señor. Pero no podrán salir de la ciudad.

Norman Kelly, sentándose, se aflojó el nudo de la corbata.

—Es Michael al que hay que encontrar, sargento.

—No hay rastro.

—El tiene la clave del misterio. Usted conoce perfectamente a Michael. No es un hombre apocado. Si le quitan el reloj y le matan al guardián, no va a quedarse quieto.

—Pudo ser él quien liquidó al periodista y a Slim.

—No hubiéramos encontrado el cadáver de Cramer donde lo hallamos. No le habría camuflado torpemente, sabiendo que no tardaríamos mucho en descubrir quién era el muerto. Parece como si Michael tuviera empeño en que, por unas horas, alguien le creyese muerto.

—Repito, señor, que si Michael no mató, y estaba en la casa, como era su costumbre entre dos y tres, ¿por qué huyó? ¿Por qué trasladó al periodista, que el equipo ha demostrado fue asesinado en la casa, al igual que Slim? Y si vio al asesino, ¿por qué se lo calla?

—Nuestro oficio nos obliga a hallar las respuestas, sargento. Sin embargo, si encontrásemos a Michael, quedaría todo resuelto.

—Insisto en que Briza y Sampson deben ser interrogados oficialmente, señor.

—Michael intentará comunicarse con alguien. He puesto vigilancia en torno a Kerrigan, a la casa de Brizzi, y a los domicilios de las tres mujeres que Michael distingue con su atención. Es muy mujeriego.

—Siempre lo fue.

—¿Siempre? —Y en la única palabra interrogante había mucha aspereza.

Marchitto miró extrañado al inspector.

—Un hombre de cuarenta y cinco años como Michael, guapo, con dinero, las tiene a montones las mujeres. Pero antes, también las tuvo.

—Me olvidaba que usted conoce la vida y pasado de Michael, mejor que yo.

—El presente es el que nos ocupa, señor. ¿Por qué eligió Flora Brizzi, precisamente el día de hoy, entre dos y tres, para su fallido intento? ¿Por qué fueron Brizzi y Sampson, hoy también, allí?

—Coincidencias. Los Brizzi quedan descartados, por ahora. El iba con Sampson a ver el resultado de la visita de su hija.

—Hay instantes, señor, en que usted parece conocer la personalidad del asesino, porque descarta rotundamente las únicas personas sospechosas.

—Empleo la deducción más sencilla, Marchitto. Si Michael hubiera temido ser liquidado por Bowen o por Brizzi, no hubiera enviado a Atilano en busca de un privado. Supongamos que el asesino se confunde, y mata al periodista que estaba en una sala, de la cual por unos instantes se ausentó Michael.

—¿Por qué Michael no denuncia al asesino?

—O bien porque no la ha visto, o bien porque teme que éste pueda revelar cosas que le lleven a la silla. Uno de nosotros... Me refiero al Cuerpo de policía en general, pudo en cierta ocasión tener pruebas aplastantes contra Michael, y guardarlas, previo convenio con Michael.

—En este caso, serían aliados, no enemigos. Por conveniencia mutua.

—Pero supongamos que surge algo del pasado, algo que convierte al policía sobornado en un enemigo mortal. Y Michael recibe un extraño aviso. Se le comunica, por ejemplo, que no irá a la silla, porque aportar tardíamente las pruebas comprometería al policía.

Marchitto escuchaba, dominando su íntima tensión.

—Michael es avisado de que a cualquier asesino le llega siempre su hora. Y que va a morir por un crimen que cometió hace años. Un crimen del cual, dicho policía, sólo ha sabido quién era el autor,

hace poco. Y es grotesco, pero como Michael ha sobornado a varios policías, no sabe contra cuál de ellos, en particular, debe protegerse.

Marchitto avanzó los labios en mueca despectiva antes de opinar:

—Todo eso será muy ingenioso, señor, pero suena a pura imaginación. ¿O acaso son teorías de la Jefatura?

—Son cébalas, pero lógicas. Salvo un solo punto, todo encaja. El punto que permanece impenetrable es el siguiente: ¿Por qué, por unas horas, quiso Michael que le creyesen muerto?

—Si se sabía amenazado, y no podía denunciar, tal vez escribió un testamento delator. La clásica carta donde en el sobre se especifica que debe abrirse solamente en caso de muerte.

—¿Con la identidad de los funcionarios sobornados? Pero está vivo, y por lo tanto...

Enmudeció Kelly, de pronto. Levantándose, sonrió. Pero sus ojos brillaban con feroz alegría.

—Perdóneme, Marchitto. A veces reconozco que tengo un exceso de imaginación.

—Parece como si algo de lo que acabo de decir le hubiese revelado algo importante, señor.

—Intento adivinar por qué quiso Michael que por unas horas le creyesen muerto. Sabía que la noticia se propalaría por todo el puerto. Y Atilano huyó, apenas supo por nosotros mismos, que Michael estaba muerto. En fin, tan pronto aparezca Michael, saldremos de dudas. Voy al Precinto. Comuníqueme cualquier novedad. Haré lo mismo. Buenas noches, sargento.

A solas, John Marchitto trató de recordar qué pudo haber dicho, que significó una luz en las tinieblas para el inspector Kelly.

Un pegajoso silencio parecía alentar por las alamedas de cipreses.

Joey Martyn avanzaba delante de Atilano apenas éste señaló el túmulo propiedad de Harold Michael.

Sobre el hombro de Martyn apoyaba Atilano la diestra algo temblorosa. Necesitaba sentir un contacto humano.

Del estrellado cielo sólo descendía un reflejo mortecino, ausente la luna. Destacaban con cruda blancura los recuadros de mármol de los mausoleos.

El panteón de Michael semejaba un pequeño minarete, con su

cúpula redonda y sus arabescos forjados.

Martyn avanzaba de modo que no permaneciera en la trayectoria visual de la entrada al lúgubre alojamiento.

Sentía en su nuca el resuello entrecortado de su compañero de expedición. Y en su hombro, las nerviosas crispaciones de la robusta mano.

Al tocar la pared lateral, Martyn se volvió, asiendo por una solapa a su aliado accidental.

Vio la intensa palidez del calabrés. Hizo gestos expresivos, señalándole el interior y dando a entender que él le seguía.

La vacilación era elocuente en Ed Atilano.

Empujó Martyn. El atlético terror de los muelles, cerrando los ojos, avanzó a tientas, guiándose por el contacto con la pared.

Una pared lisa, helada.

Chocó de puntera con un saliente y percibió el soplo frío de un interior donde nunca entraba el sol.

El estrecho y corto pasillo con hornacinas a los costados, descendía.

Ed Atilano permaneció por unos instantes como congelado, crispadas las mandíbulas, dilatados al máximo los ojos.

Un resplandor macilento, amarillo, esculpía sombras y reflejos en torno al pétreo catafalco del centro.

—Eres un gran muchacho, Ed —manifestó una voz.

Una voz que parecía surgir de la misma piedra sepulcral.

Ed Atilano soltó la contenida respiración.

Acababa de reconocer la voz bien timbrada de Harold Michael.

—Caray, lo que me alegro de oírle, patrón. En unos minutos he pasado más miedo que cuando era niño.

—Baja, Ed. Bien ves que aquí no hay fantasmas.

Ya acostumbrada la visión, vislumbró Atilano en el halo amarillento, al hombre de abrigo azul que se reclinaba contra la pared izquierda de la cámara abovedada.

Harold Michael poseía la plenitud del vigor maduro. Había toques grises en sus negros cabellos. Pequeñas arrugas en las comisuras de párpado y boca. Pero tenía juvenil prestancia.

Su rostro, de facciones enérgicas, era atractivo. Destellaban sarcasmo los negros ojos al mirar al que acababa de detenerse a dos pasos del catafalco central.

—No debes tener aprensión, Ed. Esta tumba es la mía. El guardián no molestará, porque le he pagado adecuadamente. Por eso has encontrado libre el paso. Has demostrado inteligencia, Ed. Adivinaste el sentido de mi silencioso mensaje.

—La verdad, es que estuve a punto de rajarme, patrón.

—Pero has vencido tu supersticioso temor de italiano inculto. Leí la noticia de tu huida. Esto complicará un poco más tu tarea, pero podrás llevarla a buen fin. ¿Quieres un trago, Ed?

—Un lingotazo me sentará de perlas, patrón. Este decorado no me acaba de convencer.

Michael extrajo de un nicho un frasco y un paquete. Colocó la botella sobre el catafalco.

Atilano bebió con avidez, al gollete, chupando vorazmente, con ruidoso gorgoteo.

Michael, alzadas las solapas, hundidas las manos en los bolsillos, aguardó unos instantes.

—Este fajo es tu primera recompensa, Ed. Veinte de los grandes. Otros tantos recibirás, si llevas a buen término la faena que voy a encargarte. No puedo acudir al detective. Seguramente, vigilarán a todas las personas con las cuales crean que puedo relacionarme.

Atilano cogió complacido el paquete de billetes. Asidos por gomas, en grupos de a diez, cincuenta y cien. Fue repartiéndolos por sus bolsillos.

—Oiga, patrón, ¿por qué se esconde?

—Si me hubiera muerto, en aquel nicho habrías hallado, además del dinero, la explicación escrita de lo que tenías que hacer. Ahora voy a explicártelo. Los acontecimientos se han precipitado.

—El periodista que palmó va a echar por todos los muelles a la jauría de sabuesos, patrón. Me parece que los negocios, adiós, muy buenas.

—Lo que me importa conservar es la piel, Ed. Pensé que podría resolver mi problema contratando al detective, pero ahora tengo que confiar plenamente en ti. Hace tres días recibí una carta. No llevaba firma. Mencionaba ciertas pruebas contra mí que podían llevarme a presidio por una larga temporada.

—Mal asunto, caray.

—El que me escribía era un polizonte, Ed. Lo adiviné por sus alusiones a diversos casos. Me decía que acababa de descubrir un

caso especial, un crimen que no figura en ningún archivo policial, pero que once años antes le había causado a él, un gran daño. Y acababa de averiguar que yo era el culpable.

Michael hablaba incisivamente, mirando a un punto impreciso, evocando.

—Me escribía que mi muerte sería lenta. No iría a la silla. Moriría de lento terror, porque no podría recibir a tiros a cada uno de los policías sobornados que me Visitase.

—Vaya papeleta, patrón.

—Tú sabes que siempre he procurado agenciarme la vista gorda de algunos policías. En los Precintos de Richmond y Jersey repartí algunas pagas mensuales, y tengo buenos amigos. ¿Cuál de ellos es el que quiere acabar conmigo?

—Esta tarde, debió usted enterarse.

—Lo que pasó esta tarde, nada me reveló. A las dos vino a visitarme Melvin Cramer. El muchacho venía en buen plan. Me dijo que si yo aceptaba la gran verdad de que había terminado el dominio de las pandillas, y le facilitaba datos, saldría ganando.

—¿Quería que usted se chivase?

—Más o menos, Ed. Iba a ser una especie de colaboración, tardía, pero que me valdría la protección federal. Dije que podría enseñarle toda mi documentación, demostrando que mi contabilidad y administración estaban en orden con la Ley. Le dejé sentado, bebiendo. Debí tardar unos cinco minutos.

Michael chasqueó la lengua, disgustado al recuerdo.

—Al volver, me extrañó que hubiesen apagado las luces de la salita interior. Encendí. Cramer estaba en el suelo. Le habían golpeado bestialmente. Pisoteándole las manos. Convirtiéndole en una masa la cara. En el suelo, llena de sangre, estaba la herramienta. Una corta llave inglesa.

—Caray, esta arma es la que se usa mucho por los muelles. Bueno, usted mejor que nadie, lo sabe.

—Tus comentarios me reconfortan. Son normales. Y necesito oír alguien normal como tú, Ed. Bien. Supongo que el asesino apagó la luz, o lo hizo Cramer al apoyarse en la pared, intentando rechazar el inesperado ataque.

—Estos de la Prensa no suelen ser expertos en arrear y zafarse.

—Recorrí la casa, sin ver a nadie. Encontré el cuerpo de Slim, en

su caseta. Y entonces comprendí que podían acusarme de la muerte del periodista. ¿Era éste el fin que perseguía el policía asesino? ¿O al encontrar a un hombre, sentado de espaldas al umbral, bebiendo mi whisky, lo confundió conmigo?

—Vaya usted a saber...

—Decidí que debía irme a un sitio seguro. Y a la vez necesitaba avisarte. Por eso me llevé a Cramer en el coche, con mi reloj en su muñeca. La primera noticia sería que yo había muerto. Vendrías aquí. El guardián recibía mensualmente una paga, para que en caso de apuro pudiese yo disponer de un escondite a toda prueba. ¿Quiénes llevan el caso, Ed?

—El inspector Kelly y «El Felpa».

Michael cogió el frasco de coñac. Bebió un sorbo. Dijo:

—Envié una nota al Departamento Federal. Me limité a escribir que el hombre que mató a Cramer y a Slim era un policía. Pero que ignoraba su identidad. ¿Del Precinto de Jersey o del de Richmond? Esto es lo que has de averiguar tú, Ed.

—Escuche, patrón; si usted no lo ha averiguado, ¿cómo voy yo a sacar nada en limpio?

—Aquí tienes escritos los nombres de los que en los dos Precintos me deben favores. Algunos, poca cosa. Otros, mucho. He estado pensando en el supuesto crimen que uno de ellos me reprocha, y que según escribía, cometí hace once años. No soy un matarife y te consta, Ed. Pero si alguien intenta empujarte y tirarte al agua, ¿qué harías?

—Procurar que se ahogue el otro.

—No acierto a adivinar quién puede ser, ni el motivo. Y lo peor, es que no puedo acudir a los federales. El policía sacaría a relucir las pruebas que conservó, y por las que pagué, para silenciarlas. Tampoco puedo salir al exterior, ¿comprendes?

—Porque usted cree que el policía de marras, aprovecharía la ocasión para tumbarle a tiros, pretextando resistencia a la autoridad. Y usted allí quedaría bien tieso, como autor de las muertes de Slim y el periodista, por el aquello de que el que calla, acepta.

—Esta es la situación.

—¿Y qué debo hacer yo, patrón?

—Entrevistarte con Kerrigan, de modo que nadie os pueda

interrumpir. Explícale todo. Estoy dispuesto a pagarle lo que pida, para, averiguar. Luego, este policía ha de desaparecer, apenas sepamos quién es. Que investigue Kerrigan lo qué pudo suceder hace once años, relacionado con cualquiera de los policías citados en este papel, que le enseñarás.

Cogiendo la cuartilla escrita, Atilano se relamió. Sería ideal poder chantajear a policías, pensó por unos instantes.

—No será necesario que vuelvas aquí, Ed, por si te siguieran. El guardián va todos los días, de una a tíos, a la cantina de Sam. Te podrá facilitar escondite. Y tú, a él, le irás informando de todo lo que averigüe Kerrigan.

—Bien, patrón. Se hará lo que toque.

—Un aviso, Ed. No se te ocurra hacer chantaje a ningún polizante de la lista. Acabarías dentro de una caja como ésta. Pero de veras.

—La tentación me dio, patrón, pero como estoy enamorado y pienso casarme, es cuestión de dejar los negocios sucios. ¿Quiere algo más, patrón?

—Todo cuanto quiero, es que termine pronto esta situación. Estoy como enterrado en vida, Ed. Buena suerte.

—Lo mismo digo, patrón.

Ed Atilano dio media vuelta, ansioso por abandonar aquel lúgubre antro.

En el pabellón, al exterior, un hombre se descalzaba. Empuñaba una corta matraca.

Pudo llegar sin ser advertido, tras el que, agazapado en el pasillo, escuchaba con todos sus sentidos, la conversación de Michael y Atilano.

Fue un golpe maestro. De experto. No para matar.

Técnicamente, para privar de sentido. Dos arcos de acero rodearon las muñecas de Joey Martyn a su espalda. En su boca abierta, introdujeron un pañuelo en amasijo.

Y en la oscuridad, el experto agresor, aguardó.

CAPÍTULO XII

La bóveda interna ampliaba la voz de Atilano despidiéndose:

—Lo mismo digo, patrón.

El que acababa de consolidar el silencio y la inmovilidad del agente federal, se adhirió a la pared lateral, en las tinieblas.

Ed Atilano pasó delante suyo, convencido de que era Joey Martyn. Le hizo un ademán indicando que se apresurase.

En el exterior, Atilano recibió el mismo golpe. Un pañuelo y dos aros de acero le acallaron, inmovilizándole.

Con recios estirones fue depositado en un foso abierto aquel mismo día.

El individuo descalzo penetró de nuevo en el panteón.

Harold Michael esperaba a que el guardián le trajera lo necesario para dormir. Ignoraba que también estaba reducido a una forzada y callada inercia.

Oyó los tenues pasos. No le produjeren inquietud.

Pero respingó al oír la inesperada voz:

—Quietas las manos, Michael. Somos amigos, ¿no?

—¡Kelly! ¿Cómo pudo usted... adivinar que yo...?

Sonriente, a dos pasos de Michael, invitó el inspector:

—No metas las manos en tus bolsillos, Michael. Podrían darte tentaciones de escapar, disparándome. Fíjate en las mías, que no ves. Dispararían antes. Sigue así, con tus manos a la vista. ¿No me esperabas, a mí, tu amigo?

—Usted puede ayudarme, Kelly. Yo no maté al periodista.

—Me consta. No fuiste tú. Pero, entonces, ¿quién fue?

—Yo recibí un anónimo, que solamente podía proceder de un colega suyo.

—Mis colegas te andan buscando. Has echado a perder tu única

posibilidad de defensa, al no presentarte. ¿Por qué te escondes aquí?

—Uno de sus colegas quiere matarme. Esta tarde se equivocó, o quiso que me acusasen de la muerte del periodista.

—No, Michael. No quiso matar al periodista. Cramer debía estar muy nervioso. Saltó en pie. Pulsó involuntariamente el interruptor. En la oscuridad, atacó. Fue una lamentable confusión, por ambas partes. Irremediable para él.

Intensamente lívido, balbució Michael:

—¡Tú!

Con siniestro regocijo escupió Kelly:

—Sudas de miedo, Honey. ¿No te llamaba ella así?

—Tienes... que estar en un error, Kelly. ¿Qué daño puedo yo haberte causado? Mensualmente te pago lo adecuado.

—Y estás ahora en el sitio adecuado para tu justo final, Michael. A todo asesino le llega su hora. ¿Tuvo ella una tumba tan preciosa?

—¿Ella...? ¡Por Cristo, explícate! ¡Te demostraré que estás equivocado conmigo!

—No alces la voz en sitio tan respetable, Michael. ¿No te asombró la muerte de Slim O'Grady? Pudiste suponer que era necesario. Para poder desconectar el sistema de alarma. Pero él me abrió la puerta con amabilidad. Sabía que yo era un buen amigo tuyo. Hiciste mal en no contarle el contenido del anónimo.

—Nunca pensé que... Sigue.

—En su caseta, cuando se disponía a telefonearte mi visita, le golpeé a matar. Eso debía haberte suscitado un recuerdo, ¿no?

—No.

—Hace once años, Slim O'Grady era tu guardaespaldas. Un irlandés. Fue, pues, natural que una irlandesita recién llegada de su isla, aceptase la protección de Slim O'Grady. ¿No recuerdas ya a Jessie?

Denegó silenciosamente Michael.

—Veo que no la recuerdas. Es natural. Siempre tuviste mucho éxito entre las mujeres. Una más o menos, ¿qué importa? Pero es que Jessie vino contratada como doncella de servicio. Esperaba ella de un día a otro, la llegada de un irlandés, pobre como ella, y que no podía pagarse el viaje. Tenía él que aguardar el turno de inmigración.

Seguía Michael denegando con lentos giros de cabeza.

—Para aquel irlandés, Jessie lo era todo. Su primer amor, su único amor. ¿No recuerdas a Jessie, verdad? Yo la llevo siempre muy viva en mi alma. Grotesco... Llegué, y me dijeron que había muerto, como nunca supuse en ella. Suicidándose.

—¡Jessica!

—¿La llamabas Jessica? Tardé en consolarme, pero todo se entumece. Y casualmente, hace cuatro días, por conducto de un maleante al que detuve, y que era irlandés, volví a tener noticias de Jessie. La madre de este sujeto era la que daba alojamiento a Jessie cuando ésta abandonó la casa donde servía. Seducida por un guapo irlandés. Tú.

—Pero, escucha, yo...

—Para ti no era nada dramático contemplar los aspavientos de una cándida ingenua. Le diste un par de billetes grandes y asunto terminado. Pero ella no lo entendió así, y se mató. Total, nada.

Tendió Michael las dos manos en gesto apaciguador.

—Debes creerme, Kelly. Yo nunca pensé ni supe que Jessica era tan absurdamente romántica. Escucha... Podemos arreglar todo esto. Puedes arreglarlo de modo que Atilano cargue con las culpas.

—Hablamos de tu crimen particular. He venido a darte el pésame de parte de la difunta. Cuando te recojan, diré que te resististe y tuve que disparar cuando pretendías huir.

Harold Michael gritó:

—¡Te pierdes, Kelly, si disparas! Detrás tuyo hay un testigo.

Unos pasos ruidosos se aproximaban.

Kelly reconoció la voz del que conminaba:

—Cuidado con lo que hace, inspector.

Pero Kelly tenía ya la pistola encañonada.

Harold Michael saltó a un lado. En escorzo desesperado, disparó a través del bolsillo de su abrigo.

Rebotó en el aire, como un pelele alcanzado por certeros pelotazos.

Todo el cargador de la automática del inspector Kelly se fue vaciando.

El sargento Marchitto no tuvo que intervenir. Porque desde el suelo, Michael había atinado.

Norman Kelly se pasó la mano por el rostro, como quien quiere

secarse el sudor. Cayó su pistola humeante.

Dio un traspíe. Con un hipo convulsivo, cayó arrodillado.

John Marchitto examinó el cuerpo de Michael, dándole vuelta con el pie. Pertenecía al forense.

Aproximóse al lugar donde Kelly, fatigosamente, había logrado apoyar la frente contra la piedra del catafalco.

—No me mueva, Marchitto. Estoy liquidado. Llegó mi hora. No es usted tan obtuso como pensé. Adivinó que vendría aquí.

—Lo he oído todo, señor. No tuvo que vengarse así. Podía haberlo enviado a presidio para toda su vida.

—No bastaba. Fueron años de agonía los que pasé, pensando en Jessie... Pagó el pobre periodista... Le van a ascender, Marchitto. Ha capturado al asesino.

Se desplomó Kelly.

John Marchitto contempló cómo dos agentes se llevaban al agonizante.

Se rascó la mandíbula.

Había cosas que no podía comprender. Un amor así, tan duradero...

Ordenó secamente:

—Mete a los dos pájaros en la celda de seguridad. Iré a charlar un rato con ellos para que me cuenten qué hacían amarrados en un cementerio.

Pero John Marchitto fue avisado de que no era preciso interrogar al federal Joey Martyn, que poseía la lista de policías sobornados, donde no constaba él. Una lista obtenida gracias a Ed Atilano.

Que había aceptado ser el aliado de la Ley. Y que se encontraba muy complacido de verse libre, mientras en la acera avanzaba al encuentro de Joey Martyn.

Su única pregunta fue:

—¿Eva?

—Andando, Ed. Vas a salir ganando. De paso elegiremos un delantal con flores y cortinillas a juego. Andando, Ed.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*